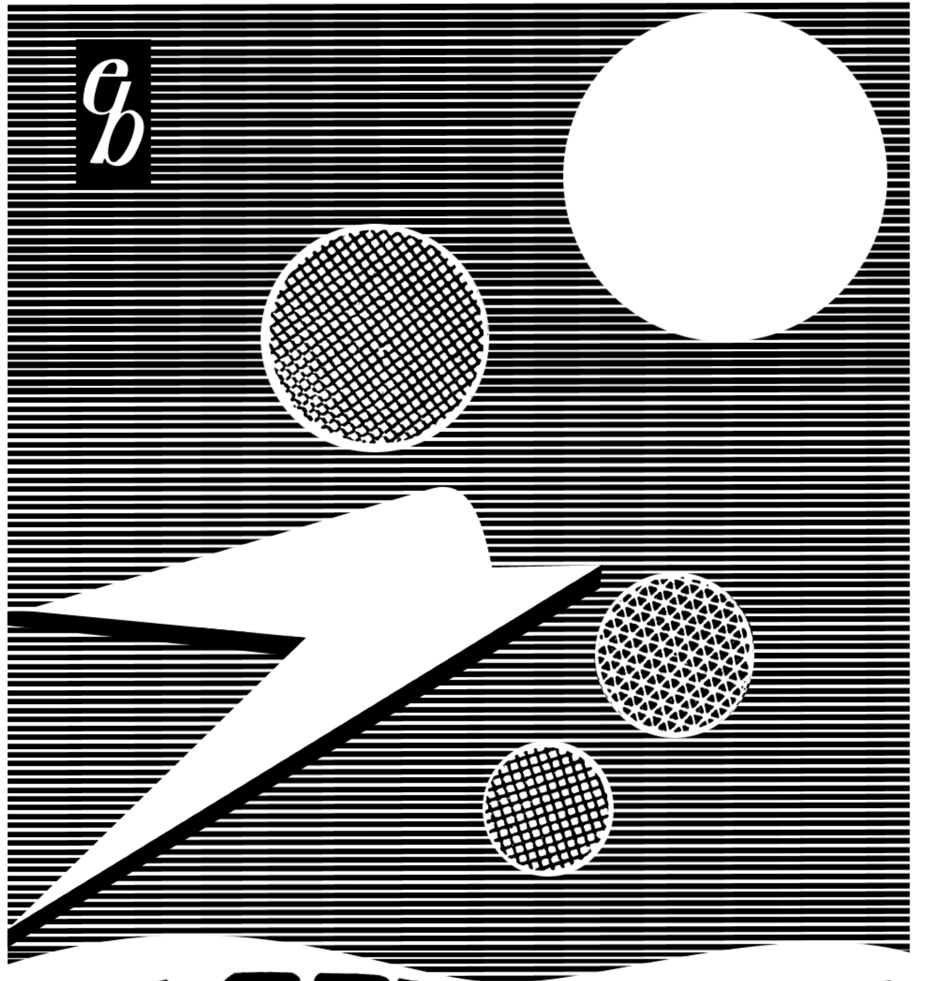

EN BUSCA DE UN MUNDO NUEVO
GLENN PARRISH
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

34 – *Jinetes satánicos* – Peter Debry
35 – *El elegido* – Marcus Sidéreo
36 – *Voces tenebrosas* – Peter Debry
37 – *El hombre que vino del año 5.000* – Keith Luger
38 – *Desterrada de las estrellas* – Curtis Garland

GLENN PARRISH

EN BUSCA DE UN NUEVO MUNDO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 39
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 12.174 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

La chica era muy bonita, pero parecía sumamente acongojada, observó el hombre alto y apuesto que acababa de entrar en la cafetería.

Ella tenía un tipo estupendo, cosa que se advertía aun estando sentada en un lugar relativamente discreto del local. Sus ojos eran azules, tirando a

verdosos, y su frondosa cabellera pajiza, caía sueltamente por la espalda.

El hombre tenía el pelo de color castaño oscuro y tenía la piel morena, como si viviese al aire libre continuamente. Era joven y vestía corrientemente, sin extremismos indumentarios.

—Temo que está en un apuro, señorita —dijo el hombre, acercándose a la mesa.

Ella dejó de hipar y de secarse las lágrimas, y le miró con curiosidad.

—Sí, pero eso, ¿qué puede importarle a usted, señor? —contestó Doris Plunkett.

—Si fueran ciertas mis suposiciones, yo podría ayudarle —manifestó él.

—Esta es una cosa muy personal, señor...

—Ahora debo decir mi nombre, ¿verdad? —sonrió el individuo—. Me llamo Tiff de Kxorb.

Doris puso cara de extrañeza.

—Vaya un nombre y vaya un apellido —comentó, olvidada momentáneamente de sus problemas.

—No los he podido elegir —dijo Tiff, sin dejar de sonreír—. Pero todavía no me ha dicho en qué consiste su conflicto, señorita...

—Plunkett, Doris Plunkett. Este es mi conflicto —señaló ella un aro de oro situado sobre el mantelillo de la mesa.

—¿Qué le pasa a ese aro? ¿Es dañino?

Doris le miró con extrañeza.

—¿Quiere burlarse de mí, señor...? Bueno, como quiera que se llame; su apellido es muy difícil.

—Llámeme Tiff a secas, señorita —indicó él, sin

dejar de responder—. Y perdone mi pregunta, pero soy forastero y desconozco muchas costumbres...

—Esta es una costumbre universal —declaró Doris —. Significa que mi novio me ha dejado plantada.

—Su... novio.

—Sí, el hombre con quien me iba a casar. Me ha resultado ser un revolucionario y un extremista enloquecido, me ha llamado burguesa, reaccionaria y qué sé yo cuántas cosas más, y luego se ha marchado.

—¡Caramba! —dijo Tiff—. Pues a mí me parece que usted no se merecía esos insultos. Yo encuentro lógico que cuando una chica quiere a un hombre, trate de casarse con él.

—¿Verdad que sí? Pero ese loco de mi ex novio dijo que el matrimonio ya «no se lleva», que es una institución esclavista... Bueno, no quiera usted saber las cosas que dijo.

—No, no quiero saber —sonrió Tiff—. Pero me parece que no ha salido perdiendo usted con el plantón de ese revolucionario dispuesto a arrasar la Tierra.

—Podría arrasar la tierra de la granja de su padre —refunfuñó Doris—. Pero no, prefiere ir por ahí continuamente, gritando abajo todo...

—Y él no levanta nada.

—La cuchara y gracias. Y aun así..., ¿sabe lo que hizo un día? Se puso a comer directamente del plato, diciendo que la cuchara era un invento burgués.

—¡Qué atrocidad! —se escandalizó Tiff—. A ese chico debieran encerrarle en un manicomio.

—En algún sitio peor acabará. Yo no digo que

nuestra sociedad tenga muchos defectos, pero de ahí a querer que todos volvamos a la edad de Piedra, va un abismo.

—Eso mismo pienso yo. Hay un término medio para todo, ¿no?

—Claro. Pero él no quería términos medios, Tiff. ¿Sabe cuál era su lema? «Patas arriba, lo que está patas abajo.»

—Pues él caminaba normalmente —dijo Tiff con toda intención.

Doris soltó una alegre y fresca carcajada.

—Oiga, ¿sabe que, efectivamente, me ha hecho mucho bien su conversación y que me he desahogado casi por completo?

—Yo lo sabía, en cuanto la vi llorar a usted —contestó Tiff sonriendo—. Si va a alguna parte, me gustaría acompañarla. Usted vive aquí, ¿no es cierto?

—Sí, tengo mi trabajo en... Dispense un momento, Tiff.

Acababa de sonar un leve tañido metálico. Doris abrió su bolso y extrajo del mismo un diminuto receptor, que puso en funcionamiento inmediatamente.

—Habla Doris, profesor —dijo.

—Hola, muchacha —sonó una voz procedente del aparatito—. Le doy fiesta hoy y mañana. No es necesario que venga al laboratorio. Estaré fuera hasta pasado mañana.

—Comprendido, profesor. ¿Algo más?

—Eso es todo. Adiós, Doris.

—Adiós, profesor.

Doris cerró la comunicación y guardó el aparato en el bolso. Luego se puso en pie.

—¿Vamos, Tiff?

—¡Caramba, sí que es usted alta! —se asombró él.

—Psé, lo corriente, nada más —se enorgulleció Doris. Ciertamente, poseía una figura excepcional y sabía usar la ropa más adecuada para realzarla.

Se dirigieron hacia la puerta, charlando animadamente. Cuando iban a salir, un hombre entró y les cerró el paso.

—¡Diño! —exclamó Doris, sorprendida.

—Hola —gruñó el sujeto, que usaba largas melenas y barba muy abundante—. Yo... yo quería decirte una cosa...

Doris puso ambas manos en las caderas.

—Oye, no irás a decirme que ahora te has arrepentido de tu decisión, ¿verdad?

—No... bueno, lo que olvidé antes es pedirte diez dólares... Si no pago hoy la pensión, dormiré al raso y...

Doris soltó una ruidosa carcajada.

—Pero, ¿no eras tú el que hablabas de las excelencias de la Naturaleza y el que abominaba del dinero, como instrumento de servilismo y la esclavitud del hombre? ¿Por qué no le sueltas a tu patrona un discursito semejante, a ver si te perdona la deuda?

—Esa mujer no perdona ni...

—Lo mismo que yo, Diño —cortó Doris con firmeza—. Hemos acabado y en cuanto al préstamo, pídeselo al Gobierno. Pero antes de que lo derribes, claro —añadió mordazmente—. ¿Vamos, Tiff?

—Cuando guste, Doris —accedió el mencionado.

Los ojos de Diño fueron al rostro de Tiff.

—¿Quién es este hombre? —preguntó hoscamente.

—Tiff de Kxorb —respondió el aludido con amabilidad.

—Eso, ¿es broma? —dijo Diño con un gruñido de desdén.

—Es... que nos estás cortando el paso —exclamó Doris, impaciente.

—No te dejaré salir hasta que...

Doris volvió los ojos hacia su nuevo acompañante.

—Aquí tiene al revolucionario partidario de la absoluta igualdad de sexos —dijo mordazmente—. En cuanto a la mujer a quien considera su pareja y, por lo tanto, igual a él, se le subleva, saca a relucir su genio de ancestral dominador, como si estuviera en la tierra de sus antepasados. Porque tú eres italiano o algo así, ¿verdad?

—Soy... Doris, quiero el dinero —gruñó Diño.

—Siga oyéndolo, Tiff. Ahora, atracador por la revolución... por la revolución que le va a organizar la patrona cuando vea que no le paga. ¡Aparta, estúpido!

Diño se descompuso.

—Maldita sea, Doris —dijo, a la vez que alargaba el brazo hacia ella.

—No la toque —intervino Tiff.

Diño se volvió hacia él.

—Lárguese, estúpido —masculló.

—Los tipos como él reciben un nombre especial y muy poco honroso, Tiff —dijo Doris—. Gigoló... por la revolución, claro.

Diño perdió los estribos y empezó a proferir una serie de obscenidades que hicieron volver la cabeza a los que estaban más próximos.

—Será cosa de acabar con el espectáculo —dijo Tiff.

—¡Yo lo acabaré! —aulló Diño, arrojándose de cabeza contra él.

Tiff puso la mano y Diño quedó frenado en seco. Luego lo agarró por el cuello de su pringosa cazadora de cuero y lo izó en alto con una sola mano, sin la menor dificultad al parecer.

Suspendido en el aire, Diño pataleaba y chillaba frenéticamente, constituyendo un motivo de jolgorio para los que contemplaban la escena. Doris estaba asombradísima de la increíble fuerza física de Tiff, que no se transparentaba en su aspecto externo.

—¿Adonde pongo este desecho de la humanidad? —preguntó Tiff.

—¡Hay cubos de basura en el callejón! —gritó uno.

—¿Basura? —repitió Tiff.

—Desperdicios —puntualizó Doris.

—¡Ah, comprendo! Guíeme, ¿quiere?

—Con mucho gusto, Tiff.

Salieron a la calle, sin que Diño dejase de chillar y patalear. Doris caminó hacia el callejón en el que, efectivamente, había varios grandes cubos de basura. Levantó un par de tapas y al fin encontró uno vacío.

—Aquí, Tiff.

—¡No, no! —chilló Diño.

Tiff lo sostuvo unos instantes en el aire y luego abrió la mano. Diño se precipitó en el cubo, con sordo

estruendo.

Lanzando mil juramentos, intentó salir, pero Tiff colocó la tapa con seco gesto.

Se oyó un ¡clonck!, después un gruñido y Diño dejó de berrear.

Tiff y Doris se miraron unos momentos y luego se echaron a reír al mismo tiempo.

—Asunto solucionado —dijo el primero.

—A las mil maravillas —exclamó Doris—. No sabe lo bien que me encuentro ahora, Tiff.

—Lo celebro infinito, ¿Adonde vamos, Doris?

Ella dudó un momento. Luego dijo:

—¿Quieres venir a mi casa, Tiff?

—Encantado, Doris —accedió él sin vacilar.

* * *

Cerca de la acera había un coche negro, larguísimo, ocupado por cuatro hombres, uno de los cuales usaba monóculo y fumaba en una larga boquilla con incrustaciones de marfil. Usaba guantes negros y llevaba barbita en punta.

En el asiento delantero había dos hombres que casi parecían gemelos, macizos, cuadrados de hombros y de cara, vestidos de negro y las manos asimismo enguantadas. Junto al caballero del monóculo había otro tipo que vestía más o menos como los anteriores.

Doris y Tiff salían en aquel momento del callejón, charlando animadamente. El hombre del monóculo dijo:

—Esa es.

La pareja caminó una docena de pasos. Luego se metieron en un coche, conducido por la propia Doris

El hombre del monóculo agitó blandamente la mano enguantada.

—Síguela, Dieter —ordenó.

—*Ja, herr* von Klugenberg —comentó el chófer.

CAPÍTULO II

Sonó una alegre carcajada. Doris, que trasteaba en la cocina, se preguntó cómo había podido invitar a su casa a un desconocido, sólo por el hecho de que le pareciera joven y atractivo. «Y también muy serio y ponderado», agregó mentalmente.

En la salita, Tiff volvió a reír estruendosamente.

Doris salió poco después, llevando en las manos una bandeja con el servicio de café.

—¿Qué le hace reír tanto, Tiff? —preguntó.

—Estas historietas de ciencia-ficción —contestó él —. Jamás he visto tal cantidad de disparates en menos espacio, aunque, eso sí, están maravillosamente dibujadas.

—Tiff, el autor de la historieta la ha escrito e ilustrado de acuerdo con la forma en que piensa será el mundo de mañana.

—No lo dudo, Doris, pero, ¡mira que poner plantas carnívoras de cinco o seis metros de altura, con tentáculos de veinte! Si quiere que le diga la verdad, yo no he visto jamás un monstruo semejante. ¿Y qué me dice de este ser con cinco ojos, zarcillos en lugar de pelo, cuatro piernas y seis brazos y mirada que funde las piedras? Pero, ¿es que hay alguien que crea posible que un ser inteligente pueda tener este aspecto?

—Hombre, Tiff —dijo Doris—, yo no soy la autora de la historia, si bien, me imagino que el autor ha creído que los seres inteligentes de otros mundos pueden tener esa figura.

—¡Bah, paparruchas! —dijo Tiff—. En el universo, todos los seres inteligentes, es decir, los que piensan y razonan, son como usted y como yo, no le dé más vueltas.

—Oh, sí, claro. Y, ¿cómo lo sabe usted, Tiff?

El joven se quedó cortado un instante.

—Pues…

Doris se echó a reír.

—El café se le está enfriando, Tiff —indicó—. Por cierto, ¿dónde está…? Todavía no me ha dicho de dónde es, Tiff

—De Kxorb, Doris, se lo dije en la cafetería.

—¿Kxorb? Nunca he oído nombrar ese pueblo, Tiff. ¿A qué país pertenece?

Tiff tenía la taza en los labios y ella esperó la respuesta, pero en aquel momento sonó el *ding-dong* de la entrada.

—Dispénseme, Tiff —se excusó la muchacha.

Tiff terminó el café y se reclinó en el diván, mientras contemplaba a la muchacha cruzar la sala, esbelta y graciosa y, al mismo tiempo, resuelta y enérgica. Ella vestía una chaquetilla muy ajustada, de manga corta y escote muy abierto, y pantalones cortos, ceñidos, que llegaban a la mitad de los muslos.

—Unas modas indumentarias muy atractivas —musitó, en el momento en que se abría la puerta.

Doris se encontró frente a frente de dos hombres elegantemente vestidos, uno de los cuales usaba monóculo y bastón con empuñadura de oro. El del monóculo se quitó el sombrero hongo y, con voz gruesa y ciertas dificultades en el hablar, preguntó:

—¿La señorita Doris Plunkett?

—Yo misma, señor...

—Permítame que me presente, señorita. —Se oyó un seco taconazo a la vez que el visitante hacía una rígida inclinación de cabeza—. *Baron* Marte von Klugenberg. Mi asistente, Hans Wallenstein.

Sonó un segundo taconazo. Doris, sugestionada, dio otro.

—Oh, perdonen —dijo, ruborizándose—. Pasen, por favor, caballeros... ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Ah, Marte. Como el dios de la guerra.

—*Ja* —sonrió el barón—. Exacto, señorita.

—No se preocupe por el nombre, barón. Es un defecto que se pasa con los años.

—Claro, claro —sonrió von Klugenberg.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Y en qué puedo servirles? Oh, permítanme que les presente al señor...

Doris se calló repentinamente. Había hablado mientras se volvía hacia el diván, con la mano extendida, pero en aquel momento se dio cuenta de que Tiff ya no estaba.

«Se habrá ido adentro para no estorbar», pensó.

—Dispensen —se excusó—. ¿A qué debo el honor de su visita, barón?

Von Klugenberg hizo un gesto con la barbita.

—¿Hans?

—*Ja, herr baron* —contestó el esbirro.

Wallenstein era portador de un maletín tipo diplomático, con cantoneras de brillante metal, que depositó sobre una mesita. Presionó un resorte y

levantó la tapa.

Los ojos de Doris se dilataron por el asombro. El maletín estaba lleno de prietos fajos de billetes de Banco, excepto en un rincón, que se hallaba ocupado por una cámara fotográfica.

—¿Qué es esto? —preguntó la muchacha, llena de asombro.

—Un millón de dólares y una cámara fotográfica para reproducir los apuntes del profesor Weepf, señorita Plunkett —contestó el barón fríamente.

* * *

Hubo una larga pausa de silencio. El pecho de Doris subía y bajaba rápidamente. Estaba muy indignada y ello se reflejaba en su alterada respiración.

De pronto, dio un paso hacia adelante y cerró con seco golpe la tapa del maletín.

—Váyanse —dijo perentoriamente.

—Pero, señorita...

—Ella les ha dicho que se vayan, caballeros.

Doris y sus visitantes giraron la cabeza. Tiff estaba en el umbral de la puerta que comunicaba con el resto del piso, las manos en las caderas y los pies ligeramente entreabiertos.

—¿Quién es este hombre? —gruñó von Klugenberg.

—Tiff de Kxorb —presentó Doris—. Tiff, el barón...

—He oído los nombres —atajó el joven—. Ella les ha ordenado abandonar la casa.

El barón movió ligeramente la cabeza.

—Anda con él, Hans —ordenó.

—Sí, señor.

Wallenstein caminó pesadamente hacia Tiff. Metió la mano en el bolsillo posterior y sacó una corta porra de plomo, forrada de cuero.

Doris se metió una mano en la boca para no gritar. Súbitamente, Hans descargó el golpe.

La porra encontró en el camino una mano de hierro, que la arrancó de un tirón de los dedos de su dueño. Tiff estiró la mano izquierda, la apoyó en la cara de Wallenstein y empujó.

Wallenstein cayó con los pies por alto, lanzando un gruñido de asombro. Mientras tanto, Tiff «pelaba» la porra como si fuese un plátano.

Lanzó a un lado la envoltura de cuero. Luego puso el plomo entre las manos y lo frotó como si estuviese haciendo una bola.

Doris tenía los ojos desorbitados. ¡Era increíble!

Los dientes del barón castañeteaban. Wallenstein se había levantado ya.

Tiff sostuvo con dos dedos la bola de plomo en que se había convertido la porra. Luego la lanzó al aire.

La bola cayó en uno de los pies de Wallenstein, de cuyos labios se escapó un rugido de dolor. Inmediatamente, empezó a saltar a la pata coja por la habitación, cosa que provocó un ataque de hilaridad en la chica.

Tiff atravesó la sala, levantó la maleta y la puso en las manos del estupefacto von Klugenberg.

—La señorita Plunkett les ordenó marcharse —dijo.

Los saltos de Wallenstein se habían acabado ya.

Tras unos segundos de indecisión, von Klugenberg juntó los tacones e inclinó la cabeza.

—Tendremos los apuntes —prometió secamente.

Momentos después, Tiff y Doris quedaban a solas.

—Celebro haberle sido útil, Doris —sonrió él.

—Siento que necesito una copa —dijo la muchacha —. Nunca había visto una demostración de fuerza semejante... claro que si una se acuerda de lo que hizo con Diño...

Tiff sonrió.

—El plomo es un metal muy blando —contestó—. ¿No me necesitas más, Doris?

—Sólo puedo darle las gracias, Tiff —contestó ella.

—Ha sido un placer, créame. ¿Podré verla otro día?

—Siempre que guste, Tiff. Ah, pero todavía no me ha dicho dónde está Kxorb.

—Muy lejos de aquí —respondió el joven evasivamente.

Pasó un buen rato antes de que Doris, ya sola en su piso, empezase a reaccionar.

No sólo trataba de recobrarse de las innumerables sorpresas recibidas aquella tarde, sino que pensaba en algo que le parecía bastante extraño.

Aparte del enigma que Tiff era en sí mismo, Doris se sentía muy intrigada por el hecho de que el joven no le hubiese formulado la menor pregunta sobre la belicosa visita del barón y de su acólito.

* * *

Tiff abrió la puerta de la suite que ocupaba en el hotel y vio a un hombre sentado en un cómodo sillón,

hojeando una revista gráfica.

Era un sujeto de su edad, quizá un año o dos más que él, y vestido de parecida manera. La diferencia estribaba en su cabello blanquecino, en su piel blanquísima y sus pupilas rosadas. Era un neto caso de albinismo.

—Hola, Tiff —dijo el hombre.

—Creo que te conozco. ¿Te llamas Ssato?

—Así es —confirmó el albino. Movió la mano circularmente—. Bonito alojamiento —comentó.

—Psé, corrientito, nada más. ¿Qué quieres de mí, Ssato?

—Sólo una cosa, Tiff. ¿Te imaginas por qué estoy aquí?

—Sí, desde luego.

—En ese caso, déjame el campo libre.

—¿Y si me negara?

Ssato movió la mano velozmente y una larga espada serpenteó en el aire con amenazador silbido.

—Un arma muy atrasada —sonrió Tiff.

—¿De veras?

Ssato sonreía al tirarse a fondo. La punta de la espada chocó contra el pecho de Tiff y la hoja se quebró con tañido musical.

—Vaya —resopló Ssato.

—Temo que todavía no estás al corriente de las armas que se usan aquí. ¿Por qué no te vas y me dejas en paz?

Ssato lanzó un gruñido de furia. Luego metió la mano dentro de la blusa.

—Usaré un arma contemporánea —dijo.

Y sacó una pistola de pavoroso aspecto y cañón que tenía casi cinco centímetros de grosor.

—Cuidado —dijo Tiff, a la vez que levantaba la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Ssato—. Es una pistola atómica. Voy a desintegrarte, Tiff.

—Un momento —pidió Tiff sin perder la serenidad —. Deja que te hable y luego haz lo que quieras.

—Está bien, pero debes tener en cuenta una cosa, Tiff. No quiero competencia. ¿Entendido?

—Entendido, Ssato, pero, ¿dime, tienes licencia de uso de pistola atómica?

Ssato se quedó mirando al joven como si viera visiones.

—¿Licencia...? ¿Crees que la necesito? —gruñó.

—Dispara. Anda, dispara y ya verás lo que te pasa.

—Aquí no hay pistolas atómicas. Por tanto, no se necesita un permiso para usar lo que no se ha fabricado.

—Entonces, ¿esa pistola que estoy viendo no se ha fabricado?

Ssato se pasó una mano por la cara.

—No me embrolles —rezongó—. Esta pistola sí es auténtica, pero los de aquí no tienen esa clase de armas.

—¿Y qué sabes tú? ¿Has hablado con el Gobierno o los altos jefes militares? Si tienen pistolas atómicas, será un secreto muy bien guardado, ¿verdad?

—Bueno, es que...

—Tú dispara ese cacharro y te encontrarás con el lío más gordo que te puedas imaginar, por haberlo

usado sin licencia. ¿Es que te imaginas que la descarga no será detectada? Te seguirán el rastro y… Además, me parece que tu indicador de carga está averiado.

—¿Cómo?

Los ojos de Ssato se desviaron un instante de la cara de su presunta víctima. Cuando quiso darse cuenta, una silla volaba ya hacia él y le golpeó en el antebrazo.

Ssato se tambaleó, a la vez que lanzaba un rugido de fiera rabiosa. Trató de rehacerse, pero el puño de Tiff entró en contacto con su mandíbula y perdió el conocimiento.

Una jarra de agua en la cara se lo hizo recobrar minutos más tarde. Cortésmente, Tiff lo ayudó a ponerse en pie y luego lo acompañó con toda gentileza a la puerta.

—Ten cuidado con el guardia que se pasea de ronda por la acera del hotel —aconsejó cariñosamente—. Aquí florecen los burócratas como hongos y lo más probable es que te pida el permiso para respirar.

Ssato no se había recobrado todavía de su sorpresa, cuando ya bajaba en el ascensor a la calle.

CAPÍTULO III

Cargada con unos cuantos paquetes, Doris abrió dificultosamente la puerta de su piso y, en el mismo momento, oyó una sonora carcajada.

—¿Otra vez divirtiéndose con las historietas de ciencia ficción, Tiff? —preguntó jovialmente.

Tiff se puso en pie y corrió hacia ella para aliviarle del peso de los paquetes.

—No, esta era una historieta cómica, de esas que se ve a un tipo con un cartucho de explosivo en las manos, le estalla y lo deja tiznado y con las ropas destrozadas. Muy bueno, Doris, muy bueno —dijo Tiff, riéndose todavía.

—¿Le gustan las historietas cómicas? —preguntó ella, sonriendo.

—Mucho, Doris. Nunca había visto nada semejante hasta que vine a Santa Clara.

—Vamos, vamos, no me diga que en Kxorb no se publican historietas cómicas. Pero, ¿en qué país vive usted?

Tiff suspiró.

—No me hables, Doris —contestó. Luego de pronto, dijo—: Hace un día espléndido. Por eso vine a invitarla a una excursión por el campo. El profesor le dijo que tenia libre hasta mañana, ¿no?

—Es cierto, Tiff, pero... Sí, tiene razón —exclamó ella de pronto—. Nos iremos de excursión. Aunque el profesor vive en un sitio solitario, no es demasiado agradable y yo conozco un paraje muy hermoso, donde podremos pasar un día estupendo.

—Lo celebro, Doris. En ese caso, no tiene sino que caminar hacia la puerta, a menos que desee cambiarse de ropa.

—Me pondré un traje más cómodo para el campo —dijo ella—. Además, he de preparar bocadillos...

—Ya lo tengo yo todo en el coche, incluso una cámara fotográfica, Doris.

Ella le miró sonriente.

—¿Adivina usted el pensamiento? —preguntó—. Porque cuando venía, precisamente pensaba en que hace un tiempo demasiado bueno para estropearlo quedándose en casa.

—Así, así, Doris —sonrió Tiff—. Por otra parte, no es demasiado aventurado suponer que a una chica joven siempre le gusta una excursión al campo en un día de sol.

—Eso sí es cierto —convino ella—. Bueno, Tiff, estaré lista dentro de diez minutos.

Doris fue puntual. A los diez minutos, salió de su dormitorio vestida con una blusa de manga corta, pañuelo rojo a la cabeza y pantalones cortos, muy ajustados, que permitían ver unas largas piernas, perfectamente contorneadas.

—Me gusta este país —dijo Tiff, mirándola embobado.

—¿Por los monumentos? —preguntó ella.

—Humanos, Doris.

Ella se echó a reír al comprender el sentido de la respuesta. Agarró el brazo de Tiff y lo empujó hacia la puerta.

—Soy una chica sencilla, que trabaja para ganarse

la vida, como muchas otras. De monumento humano, ni hablar, Tiff.

—Conviene respetar, pero también discrepar de las opiniones ajenas —dijo él maliciosamente, mientras abría la puerta del piso.

* * *

El barón quitó los prismáticos de delante de los ojos y se colocó el monóculo.

—¿Hans?

—Dígame, señor.

—Vete por la izquierda. ¿Peter?

—*Jawohl, herr baron* —contestó el aludido, Vohnen de apellido.

—Tú por la izquierda. Dieter, tú conmigo.

—Sí, señor.

Von Klugenberg echó a andar hacia el florido prado en el que, al pie de una rumorosa cascada, merendaba Tiff y Doris. El barón hizo girar en el aire su bastón de puño de oro.

—Recuerda, Dieter; la quiero a ella —dijo.

—Si, señor barón.

—En cuanto al hombre, si se pone tonto...

El barón alargó la mano y apuntó con el bastón como si fuese una pistola.

—¡Pum, pum! —dijo significativamente.

—Sí, señor barón.

—Oiga, Tiff —decía Doris en aquel momento—, para ser forastero, en este país, prepara usted muy bien los bocadillos. Jamás había comido nada tan sabroso, se lo aseguro.

—Eso lo hace el apetito, Doris. Cuando uno tiene

hambre, hasta piedras comería, ¿no se dice así?

—Justamente, Tiff. ¿No quiere un poco más de cerveza?

—Temo —dijo una voz de gruesos tonos—, que el caballero no va a poder terminar la cerveza.

Doris lanzó un chillido de susto. Tiff se puso en pie de un salto.

Von Klugenberg se quitó cortésmente el sombrero con la enguantada mano izquierda.

—Señorita, lamento tener que recurrir a este procedimiento, pero las circunstancias me obligan a ello. En cuanto a usted, caballero, le ruego mire a derecha e izquierda. Espero que lo que ve le haga desistir de cualquier propósito de ayudar a la señorita Plunkett.

Doris estaba muy pálida. Tiff movió la cabeza a derecha e izquierda y divisó a dos esbirros del barón, parados a cinco o seis pasos de distancia.

Lanzando un suspiro, metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y contestó:

—Veo que no han aprendido la lección de la bola de plomo que hice con la porra, ¿verdad?

—Al contrario, la hemos aprendido muy bien —contestó el barón—. Nos gustaría actuar sin violencia, por eso le rogamos que se esté quieto.

Doris lanzó una mirada de súplica a Tiff. El joven sonreía tranquilamente.

—Muy bien, barón —dijo Tiff—. Si ustedes insisten…

Sacó la mano del bolsillo y lanzó una bola hacia Dieter. Su tamaño era la mitad de una pelota de tenis.

—¡Atrápela! —exclamó imperativamente.

Dieter alargó las manos por instinto. Todavía volaba la bola por el aire, cuando Tiff lanzaba ya otras dos, una hacia Hans y la otra a Peter.

Sonaron tres explosiones casi simultáneas. Tres espesas nubes de humo brotaron en el lugar donde se habían producido los estallidos, pero la fresca frisa que soplaba en el lugar, las disipó rápidamente.

Cuando la atmósfera se hubo aclarado, Doris, vio a los cuatro hombres sentados en el suelo, las caras y la piel completamente tiznadas y casi desnudos, a consecuencia de los enormes desgarrones que habían sufrido en sus ropajes. Von Klugenberg y sus acólitos tenían la bocal abierta, sin comprender muy bien qué les había ocurrido.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué ha pasado? —dijo Dieter, todavía con un susto imponente en el cuerpo.

Tiff sonrió, a la vez que agarraba a Doris por una mano. 1

—Creo que será mejor que nos vayamos, Doris —sugirió.

—Sí, Tiff…

Von Klugenberg reaccionó en aquel momento y estiró el bastón, a la vez que lanzaba una sonora interjección en su idioma natal.

—Maldito, no te escaparás…

El brazo se le dobló de pronto hacia atrás y el bastón le golpeó la cabeza. Von Klugenberg perdió el conocimiento, sin saber muy bien qué le había ocurrido.

* * *

Tiff conducía el coche. A su lado, Doris, las manos sobre el regazo, permanecía seria y callada.

—¿Se siente mal? —preguntó él, pasados unos minutos.

—Me siento... No sé cómo definirlo, Tiff. ¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Cómo ha hecho todas esas cosas tan fantásticas? El joven sonrió.

—Ustedes tienen una palabra muy adecuada para definirlo —contestó.

—Sugestión —dijo Doris.

—Sí —confirmó Tiff.

—Pero... he visto cosas fabulosas, increíbles... ¡Y lo de la porra de plomo no fue sugestión; yo encontré la bola en el suelo cuando se fue usted!

—Bueno, no soy un alfeñique, Doris. ¿Se dice así? —consultó él.

Doris le miró de reojo.

—Pues tampoco da la sensación de ser un hércules de feria —dijo.

—Es que cuando los músculos están bien cultivados y en perfecta coordinación con la mente, se evita ese grotesco espectáculo del atleta triangular. Usted ya me entiende, Doris.

—Sí, tan ancho de hombros como largo de cuerpo.

—Exactamente.

—O sea que, además de fuerza física, tiene fuerza mental.

—Si, Doris.

—Tiene la piel morena, pero el pelo no es negro. Podría ser hindú... y entonces diría que es un faquir.

Tiff se echó a reír.

—Sería hindú hijo de padre británico rubio —contestó.

—Oh, sí podría ser..., pero no lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Ayer consulté una enciclopedia. Kxorb no figura en el índice de topónimos...

—¿Qué es eso, Doris?

—Nombres geográficos de todas clases, pueblos, ríos montañas y demás.

—Ah, ahora ya entiendo.

—En esa enciclopedia vienen, prácticamente, todos los nombres de las poblaciones de la Tierra. Kxorb no figura en el índice, repito.

—Quizá no entendió bien el nombre, Doris.

—¿Cómo lo escribe usted, por favor?

Tiff deletreó el nombre:

—K-x-o-r-b, Doris.

—Claro —dijo ella—. Yo busqué en la «X».

—Busque en la K —indicó Tiff—. Encontrará mi pueblo.

—Lo haré —prometió Doris—. Pero me preocupa el constante interés del barón por los trabajos de mi jefe.

—Ah, sí, es cierto. Ya lo había olvidado. Por cierto, Doris, ¿en qué consisten esos trabajos?

—Estabilización de las corrientes atmosféricas en una determinada área geográfica, Tiff —contestó la muchacha.

CAPÍTULO IV

El viejo jeep —viejo de aspecto, pero en magnífico estado de funcionamiento—, se paró delante del almacén con violento chirrido de frenos y su colérico ocupante se apeó de un salto.

Jubal Antell subió de un solo salto los tres escalones que conducían al viejo piso de tablones de la veranda y empujó la puerta del local. El dueño, Bill Smithers, dividía su atención en aquellos momentos entre el *Santa Clara Telegraph* y una astilla de madera con la que se hurgaba los dientes. Al oír el ruido de la puerta, abandonó la primera ocupación y se enderezó para atender a su visitante.

—Hola, Jubal —saludó amablemente—. ¿Qué te trae por aquí?

—A ver si lo adivinas, Bill, maldita sea —contestó Antell, al borde de la congestión—. ¿Es que no lo ves desde tu tienda?

Los bovinos ojos de Smithers fueron a través de la puerta hasta la oscura mancha grisácea, que desde allí parecía oval, pero que, en realidad, tenía forma circular. Luego hizo un signo de asentimiento.

—Comprendo, Jubal —dijo—. Es para volver loco de ira a cualquiera. Pero, ¿qué ha hecho el Departamento de Agricultura?

Antell se señaló el hombro izquierdo.

—¿Ves esté hombro? ¡Pues lo tengo llagado de las palmaditas que me han dado esos malditos funcionarios del Gobierno! Que si tenga usted paciencia, que pronto mejorará el tiempo, que a sus

tierras les conviene la humedad... ¡Y hace cinco semanas que esa maldita nube se plantó sobre mi granja y no se ha movido de ahí! Las gallinas no cantan ni ponen huevos, se me estropean las legumbres... y los melocotoneros no maduran. ¿No es para que uno se vuelva loco de rabia, Bill?

—Hombre, claro, pero yo creo que pronto se pasará...

—Bill, sólo hay una persona contenta en mi granja, y es mi ayudante Salomón Farris. Ya sabes que es negro. Pues bien, dice que si la nube está una semana más sobre la granja, se volverá blanco.

Smithers no pudo contener una carcajada al oír aquella exageración, pero dejó de reír ante la furibunda mirada que le dirigía su convecino.

—Bien, Jubal, no te excites. Todavía no me has dicho qué es lo que quieres.

—Tú tienes cohetes granífugos, ¿verdad?

—Sí y del último modelo precisamente, con potencia graduable de alcance ascensional.

—Dame todos los que tengan. O me arruino pagándote o no pasa de hoy que envíe esa maldita nube al infierno.

—Necesitarás llevarte también el caballete de lanzamiento para los cohetes, Jubal.

—Lo que sea, Bill, pero hoy mismo voy a empezar a «cohetazos» contra la nube.

—¿Conoces su altura?

—Sí, dos mil quinientos metros y ocupa un área de tres kilómetros cuadrados. Mi granja tiene solamente uno y medio, conque, imagínate...

Un cuarto de hora más tarde, el enfurecido Antell cargaba a bordo de su jeep doce cohetes granífugos, convenientemente graduados, más el caballete de lanzamiento. Dio el contacto y el jeep arrancó como una centella.

Smithers presenció la partida de su convecino debajo de la marquesina de la tienda. Cambió la astilla de sitio en la boca y luego se rascó la cabeza.

—Pobre Jubal —dijo—. La verdad es que tiene motivos de sobra para sentirse furioso. ¡Cinco semanas con una nube sobre la cabeza! ¡Horrible!

* * *

El primer cohete ascendió rugiendo a las alturas. Con unos viejos gemelos, Antell contempló su trayectoria, hasta que lo vio perderse en el seno de aquella nube.

Su esposa Mabel y el ayudante, Farris, contemplaban expectantemente la operación. Segundos más tarde, percibieron el trueno de la explosión, a dos mil setecientos metros de altura, según pudo comprobar Antell en el indicador de detección, situado en uno de los lados del caballete de lanzamiento.

—No tenemos bastante con un cohete ni, probablemente, con dos —gruñó—. Salomón, ayúdame a poner el otro en la rampa.

—Sí, «señó» Antell.

El artefacto fue colocado en su sitio. El disparo se hacía eléctricamente, por medio de un cable para el mando a distancia.

A siete u ocho metros del caballete, Antell presionó

el botón del disparo. Brotaron llamas del escape del cohete y, un segundo más tarde, ascendió con aterrador rugido a las alturas.

Mientras tanto, un automóvil de color gris claro, ocupado por cuatro individuos, se acercaba a una casa situada en el centro de un espacioso jardín y situada al pie de una colina. El trueno de un estampido llegó a oídos de los ocupantes del vehículo.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de ellos.

—¡Bah, ridículas pruebas de unas armas completamente ineficaces! —contestó Ssato.

—Sí, estas pobres gentes tienen unas armas que dan ganas de llorar, si no fuese porque dan risa —comentó uno de los acompañantes de Ssato, llamado Grobo.

—Está bien —cortó Ssato—. Vamos a establecer el plan de acercamiento a la casa del profesor. De momento, será mejor que nos detengamos aquí, cerca de esos arbustos. Para, Ttur.

El conductor arrimó el coche a la orilla del camino, poco más que una vereda, y Ssato se apeó inmediatamente, seguido por los demás. La casa del profesor se divisaba a unos trescientos cincuenta metros de distancia, a través de la abundante vegetación que cubría la ladera de la colina.

—Nos acercamos de modo que cubramos todos los posibles puntos de evasión. Grobo, tú irás conmigo. Ttur, por la derecha y Bgreg por la izquierda. Cuando estemos a cien metros, Grobo se separará de mí y ocupara el puesto de Bgreg, quien correrá a la parte posterior de la casa. ¿Entendido?

—Entendido —contestaron tres voces a coro.

—En tal caso, no se habla más. ¡Adel…!

Algo interrumpió súbitamente a Ssato. Una cosa caía rugiendo del cielo, con estruendo pavorosamente amenazador.

—¿Qué es eso? —gritó Ttur.

El objeto dejaba tras sí una serpenteante estela blanca.

—Parece un proyectil errático —dijo Bgreg.

—¡Y va a caer sobre nosotros! —chilló Ttur.

—A correr —vociferó Grobo, uniendo la acción a la palabra.

Los cuatro hombres iniciaron la desbandada. Tres segundos después, el cohete cayó sobre el techo del automóvil, explotó con aterrador estruendo y el vehículo saltó por los aires en mil pedazos.

La onda explosiva derribó a los cuatro hombres, lanzándolos por el suelo con tremendo ímpetu. Ssato creyó que se le había caído la bóveda celestial encima.

Al cabo de un rato, se sentó en el suelo, aturdido y desconcertado. Sangraba por algunos sitios y tenía las ropas destrozadas.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué ha pasado? —dijo, casi llorando.

A dos kilómetros de aquel lugar, Salomón Farris, con el peculiar acento de las gentes del Sur dijo:

—Patrón, ojalá que ese cohete no le haya caído en la «cabesa» a ningún hombre de bien.

Antell lanzó un rugido de ira. La nube continuaba sobre su cabeza, inmóvil, inalterable, invulnerable a las siete u ocho explosiones que ya se habían

producido en su seno.

—¡Si los tres cohetes que me quedan no dan resultado, iré a un arsenal del Ejército y robaré una bomba atómica! —bramó, a la vez que daba el contacto de un nuevo cohete.

Fue un disparo inútil y también el siguiente. A Antell se lo llevaban los demonios.

Loco de rabia, lanzó su sombrero al suelo y lo pateó enloquecidamente, a la vez que decía:

—Como falle este cohete, a la noche me comeré mi sombrero guisado.

Hizo el último disparo. El proyectil ascendió con el ruido de costumbre y se adentró en la nube.

Pasaron algunos segundos. De repente, se produjo la explosión.

Antell, su esposa y Salomón contemplaban la nube ansiosamente. De pronto, Farris sintió un golpe en la punta de la nariz.

—Patrón, «etá» lloviendo —anunció.

Cinco segundos después, la nube reventaba en una catarata de agua, a la vez que empezaba a aclararse. Antell empezó a bailar como un loco, a la vez que emitía unos tremendos gritos de alegría:

—¡Lo conseguí, lo conseguí! ¡Ya me he quitado esa maldita nube de encima!

La masa principal de la nube se alejaba hacia su derecha, soltando verdaderos raudales de agua. Momentos después, lucía un sol radiante sobre la granja.

Un fragmento de la nube se dirigió al lugar donde había caído el cohete y la lluvia que soltaba apagó los

restos del automóvil que todavía ardían. También empapó por completo a Ssato y sus acompañantes.

—Lo que nos faltaba —dijo, elevando sus brazos al cielo—. Vámonos, muchachos; el profesor tiene mejores armas de las que pensábamos. Será cosa de venir otro día con un plan mejor trazado y que no falle.

Cabizbajos y alicaídos, emprendieron el regreso a pie.

* * *

—Yo no entiendo muy bien de esas cosas —dijo Doris—. Sólo sé que el profesor trata de, por ejemplo, estabilizar la atmósfera para mantener una nube cargada de agua sobre un determinado punto. Esto puede ser muy útil para la agricultura, ¿comprende?

—Sí, Doris —contestó Tiff—. Es un descubrimiento de gran valor, pero, ¿tiene aplicación práctica?

—Eso es lo que está buscando el profesor —declaró la muchacha—. Hasta ahora, ha conseguido «sujetar» una nube de tres o cuatro kilómetros cuadrados de extensión por quinientos metros de grosor medio sobre un determinado punto. Pero él estima que no es suficiente y quiere ampliar la potencia de su aparato.

—¿Cree usted que lo logrará?

Doris se encogió de hombros.

—Supongo que sí —dijo—. De todas formas, no es menuda hazaña mantener inmóvil una nube de esas dimensiones durante cinco largas semanas.

—Y, a juzgar por lo que hemos podido apreciar, hay alguien que pretende quedarse con el resultado de los trabajos del profesor.

—Así es, Tiff.

—Me gustaría ayudarle, Doris —dijo él de pronto —. ¿Usted me lo permitiría?

—Ayudarme, ¿a qué, Tiff?

—Mujer... a proteger al profesor, naturalmente.

Doris se mordió los labios.

—No puedo prometerle nada —contestó—, pero se lo diré mañana, en cuanto lo vea. Le llamaré por teléfono a la tarde, aunque, por cierto, ni siquiera sé dónde se hospeda usted.

—Hotel Starland, habitación trescientas veintisiete,

—De acuerdo, Tiff; le llamaré mañana.

—Una cosa me preocupa, Doris. El barón y sus amigos, ¿son de este país?

—Por supuesto que no. Parecen alemanes, pero, vaya usted a saber si lo simulan. En todo caso, es una ficción perfecta, ¿no cree?

—No conozco el país de esos alemanes —contestó Tiff, sonriendo—. Y ya que lo ha dicho, sí, iré a saber.

—Tenga cuidado, parecen gente muy peligrosa —advirtió Doris.

—Eso es porque usted no me conoce a mí bien todavía —dijo el joven, riendo alegremente.

CAPÍTULO V

Ssato estaba contemplándose al espejo con expresión muy poco complacida. Todavía no se había repuesto de la impresión sufrida al estallarle el cohete sobre el coche.

Dos cruces blancas adornaban su frente y mejilla derecha, respectivamente. Tenía otra en el dorso de la mano izquierda y las costillas le dolían de una manera desagradable.

De pronto, oyó en la sala una exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa, Ttur? —preguntó.

—Tiene visita, jefe —contestó el aludido.

Ssato se arregló la blusa y ajustó debajo de ella la funda en la cual llevaba la pistola atómica. Luego abandonó el baño y apareció en la salita.

Tiff estaba en medio de la estancia, rodeado por sus tres acólitos. El joven sonreía imperturbable, mientras los otros le apuntaban con sus pistolas.

—Muchas precauciones tomas, Ssato —dijo Tiff con acento jovial.

—Contigo, todas son pocas —gruñó Ssato—. ¿Qué diablos quieres?

—Sólo una cosa —respondió el visitante—. Deja en paz a Doris Plunkett.

Ssato arqueó las cejas.

—¿Es una orden, Tiff? —preguntó, burlón.

—Sí.

—.... ¿piensas que voy a obedecerla?

—Tú verás. Si no haces lo que te mando, tendrás

que atenerte a las consecuencias.

—Necesitamos el invento del profesor —gritó Ssato descompuestamente.

—A vosotros no os hace falta en modo alguno —replicó Tiff—. Yo sé para qué queréis ese invento y no estoy dispuesto a que lo consigáis.

Ssato blandió el puño con ademán colérico.

—¡Lo tendremos, cueste lo que cueste! —rugió.

—Ya estás advertido, Ssato. Por mi parte, eso es todo.

—Podría ordenar que te matasen aquí mismo...

—Y antes de media hora, tendrías toda una división del Ejército, persiguiéndote con sus detectores de emisiones nucleares. Podrías matar a muchos, una compañía, un batallón..., pero todavía quedarían los soldados suficientes para haceros papilla a ti y a tus compinches. Imagino que no es un panorama demasiado atractivo, ¿verdad?

Ssato hizo crujir sus dientes de rabia. Tiff movió la mano.

—Adiós, eso es todo.

Tiff salió sin ser molestado. Durante unos segundos, Ssato se dedicó exclusivamente al vociferante deporte de proferir maldiciones de todos los calibres. Luego, cuando estaba a punto de sufrir un síncope, lanzó una orden:

—¡Ttur, síguelo! ¡Quiero saber adonde va, qué es lo que hace...! No le pierdas de vista un solo momento, ¿entendido?

Ttur se precipitó hacia la salida. Momentos después, estaba en la calle.

Oteó a derecha e izquierda. La elevada silueta de Tiff destacaba claramente sobre la masa de transeúntes que llenaban la acera.

Echó a andar tras su perseguido. Por un momento, temió que Tiff tomase algún vehículo, pero no sucedió así.

«Parece que tiene ganas de caminar», murmuró para sus adentros.

De pronto tropezó con una respetable dama y se disculpó cortésmente:

—Dispénseme, señora.

Y continuó su camino.

Pero, un segundo después, oyó tras él un aterrador chillido:

—¡Socorro, al ladrón, al ladrón! ¡Me ha robado el bolso!

Ttur oyó las voces. Súbitamente, sin saber cómo, se encontró con un bolso de señora en la mano.

La dueña del bolso se abalanzó sobre él con la furia de una arpía, poniéndolo de vuelta y media. Ttur trató de disculparse, pero todo fue en vano.

Muchos le habían visto con el bolso en la mano y gritaron cosas poco agradables para él. Alguien, poco partidario de los discípulos de Caco, le dio un par de golpes que le hicieron ver las estrellas.

La cosa acabó cuando un vehículo de patrulla, atraídos sus ocupantes por el escándalo, desembarcaron en la acera y, a pesar de las protestas de inocencia de Ttur, se lo llevaron a la Comisaría más cercana.

Mientras, Tiff, a quince o veinte pasos del lugar del

suceso, sonreía maliciosamente. Seguro de no ser perseguido ya, continuó su camino, disfrutando de la primaveral temperatura del atardecer.

* * *

—Buenos días, profesor —saludó Doris, mientras dejaba el bolso y los guantes sobre una silla—. ¿Le ha ido bien el viaje?

—Tuve que suspenderlo —respondió melancólicamente Cyrus Weepf, mientras contemplaba con ojos tristes una especie de pantalla de control—. Algo falló en el aparato y lo desconecté ayer por la tarde.

—Lo siento —dijo la muchacha—. ¿Ha encontrado el fallo, profesor?

Weepf hizo un gesto negativo.

—Ni idea, Doris —respondió desanimadamente.

—Yo creo que no se debe quejar, profesor. Ha mantenido la nube inmóvil durante cinco semanas. ¿Qué más puede pedir?

—Perfeccionar mi descubrimiento. ¿Le parece poco, Doris?

—Según se mire, no, desde luego. Pero yo creo que ha hecho bastante y... Profesor, tengo que decirle algo importante.

Weepf miró inquisitivamente a la muchacha.

—¿De qué se trata, Doris? —preguntó.

—¿Se ha dado cuenta usted de que puede haber gentes muy interesadas en conseguir su invento?

—Oh, sí, por supuesto... Incluso el que inventa un tornillo de nueva especie corre peligro de que le birlen el invento, pero eso no reza conmigo, Doris. ¿Para

qué, si no, se cree que lleva ese medallón que le regalé cuando entró a trabajar conmigo?

—Usted me dijo que es un anulador automático de las trampas que protegen la casa —respondió la muchacha.

—Efectivamente. Si no lo llevara, podría morir apenas traspasada la valla exterior.

—Eso ya lo sé, profesor; y también sé que su ama de llaves usa continuamente un medallón igual. La casa está protegida, pero, ¿lo estoy yo cuando no trabajo con usted?

—¿Qué quiere usted decir, Doris?

—Muy sencillo, que he sido objeto de intento de soborno y otro de secuestro. Y yo no puedo ir constantemente por ahí metida en un carro blindado.

—Vaya —murmuró el profesor, apagadamente—. Con esto sí que no contaba yo. ¿Qué podríamos hacer para solucionarlo? Porque no se va a pasar la vida continuamente encerrada en esta casa.

—Yo tengo la solución, profesor —dijo ella.

—¿Cuál es, Doris?

—Un buen amigo mío…, detective privado —mintió Doris a medias—. Se llama Tiff de Kxorb y es el que me ha salvado del secuestro.

—Kxorb —dijo el científico—. Vaya un apellido.

—No es un apellido, sino el pueblo de donde procede, profesor.

—Ah, un capricho como otro cualquiera. ¿Y dice que es un buen detective?

—El mejor que podríamos esperar —contestó ella.

—Pero cobrará caro —alegó Weepf.

Doris sonrió.

—Profesor, ¿quiere dejar que me ocupe yo de los emolumentos de mi amigo Tiff? Mañana mismo, si usted no tiene inconveniente lo traeré conmigo y usted podrá hablar con él.

—De acuerdo, Doris —accedió Weepf—. Bien, ahora vaya pasando a limpio los apuntes del último dictado. Yo voy a hacer algunos cálculos, con objeto de ver sí encuentro el fallo que me hizo suspender el experimento.

—Sí, profesor —contestó Doris, con los ojos brillantes de alegría.

* * *

—¡Es inaudito! —exclamó Ssato—. De modo que te llevaron preso...

—Sí, jefe —contestó Ttur, abatidamente—. No sé cómo, pero me encontré de repente con el bolso de la vieja en las manos y... Menos mal que llevaba dinero abundante y pude pagar la fianza que me exigió el juez.

—¡Pero, qué estúpido eres! ¡Sólo a ti se te ocurriría robar un bolso a las seis de la tarde y en plena calle! ¿Es que no tienes sesos debajo de esa asquerosa pelambrera?

—Jefe, ¿y si hubiera sido cosa de Tiff? —sugirió Grobo.

Ssato se quedó pensativo unos momentos.

—Es muy probable —contestó, al cabo—. Tendríamos que quitarle de en medio, pero es indestructible...

—A mí me parece que lo que más prisa corre es el

asunto del profesor Weepf —dijo Bgreg—. Y no nos vamos a estar tropezando con Tiff a cada momento.

—Hay algo que falla en nuestros planes —intervino Grobo—, y es que no conocemos bien las costumbres de este país. Por mucho que sepamos movemos por aquí, siempre cometemos un fallo que da al traste con nuestros esfuerzos.

—Sí, pero, ¿cómo completar nuestra «educación» en tal sentido? —exclamó Ssato.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ssato hizo un gesto con la cabeza. Ttur cruzó la sala y abrió.

Un botones apareció en el umbral, con un sobre encima de una bandeja.

—Correo para el señor Ssato de Ssüs —anunció.

Ssato se quedó viendo visiones.

—¿Correo para mí? —dijo.

Ttur reaccionó y sacó una moneda en el bolsillo, que puso en la mano del botones.

—Anda y tómate un refresco —dijo.

El botones contempló la moneda y, sarcásticamente, respondió:

—Esperaré a reunir unas cuantas más, señor. De momento, sólo tengo para la pajilla.

Ttur cerró la puerta de golpe, a la vez que emitía una frase que había oído decir en el país y que le había gustado mucho:

—Anda y que te frían una pata de elefante.

Luego entregó el sobre a su jefe. Los otros se echaron encima de Ssato de tal forma, ávidos de conocer el contenido de la carta, que acabaron

cayendo sobre el diván en confuso montón.

Ssato lanzó unas cuantas maldiciones, convenientemente aderezadas con varios enérgicos puntapiés. Luego, cuando se hubo rehecho, abrió el sobre y sacó la carta que había en su interior.

Momentos después, lanzaba un aullido de júbilo.

—¡Ya lo tenemos, muchachos! —dijo—. Es la solución para nuestros problemas, estoy seguro de ello.

—¿Qué es, jefe? —preguntó Grobo.

—¿No habíamos quedado en que nos hacía falta terminar de aprender las costumbres de este país? Pues aquí, en este anuncio, tenemos la forma de completar nuestra educación. ¡Y vamos a empezar ahora mismo! ¡Andando todos!

CAPÍTULO VI

—Ha sido una interpretación perfecta, señorita —dijo untuosamente el barón von Klugenberg—. Vuelva mañana a esta misma hora y continuaremos la clase.

—Gracias, profesor —contestó la alumna, a la vez que hacía una ligera genuflexión—. *Auf wiedersehen, herr baron!* —se despidió.

Von Klugenberg acompañó a la discípula hasta la puerta y luego regresó a la sala, frotándose las manos de satisfacción.

—Ha sido una buena idea la de fingirme profesor de música, ¿verdad, muchachos? —dijo, rebosante de contento—. Bueno, la verdad es que, como concertista, no soy malo del todo. Incluso una vez me quisieron contratar para el Operatheater y...

El barón continuó hablando y ponderando sus méritos con evidente exageración. Sus satélites escuchaban con disciplinada resignación un relato que habían oído ya infinidad de veces.

No, no era mal pianista, pero tampoco tan bueno como pretendía hacer creer. Pero era el jefe y debían aguantar el chorro de autoelogios.

—Y, bien mirado, montar esta academia de música, nos permite pasar desapercibidos... Un timbrazo en la puerta interrumpió súbitamente al barón.

—Abre, Dieter —ordenó, a la vez que se arreglaba; afectadamente el nudo de la corbata—. Seguro que será un nuevo alumno.

Echó aliento en el monóculo, lo limpió con un

pañuelo de seda y luego lo encajó en la cuenca del ojo. Casi en el mismo instante, entró Dieter, seguido de cuatro atildados caballeros.

—Señor barón, el señor de Ssüs y sus acompañantes desean hablar con usted.

—Ah, encantado de conocerle, señor de Ssüs —dijo von Klugenberg, avanzando con la mano extendida hacia Ttur—. Es un placer...

—Perdone, señor —dijo Ssato—. El señor de Ssüs soy yo.

—Oh, qué error —se disculpó von Klugenberg—. Le ruego me dispense, señor de Ssüs y... en fin, usted dirá en qué puedo servirles.

—La fama de su academia ha llegado hasta nosotros, barón —manifestó Ssato—. Es por eso que venimos a inscribirnos en un curso de los que usted imparte con tanta maestría.

Von Klugenberg se puso una mano en el pecho y se inclinó un poco.

—Usted me elogia desmesuradamente, señor de Ssüs —contestó—. Ciertamente, mis conocimientos no son escasos, aunque resulte inmodesto el decirlo uno mismo, pero creo que hay profesores infinitamente mejores que yo. Sin ir más lejos, ahí tenemos al gran Sbardariani...

—Nosotros queremos precisamente los cursos que usted imparte, barón —atajó Ssato—. Por supuesto, estamos dispuestos a abonar los honorarios que usted fije sin rechistar.

—Oh, queridos amigos, en cuanto a ese prosaico extremo, creo que no habrá dificultades —contestó el

barón melifluamente—. Y, ¿sobre qué ha de versar el curso? Quiero decir, ¿cuáles son las especialidades en que desean progresar?

—Todas —replicó Ssato sin vacilar.

—¿Todas? —respingó von Klugenberg.

—T-o-d-a-s —recalcó el visitante.

—Pero, señor de Ssüs, no irá a decirme que usted y sus amigos quieren aprender a tocar el piano, el violín, el violonchelo, la cítara, el arpa, la guitarra, eléctrica y clásica...

—Oiga, barón, ¿quién ha hablado aquí de instrumentos de música? Nosotros queremos aprender lo otro, lo que usted anuncia en sus folletos de propaganda y lo que dice el rótulo de la entrada.

Von Klugenberg se quedó como si viera visiones. Ttur dio un codazo a Ssato y le dijo algo al oído.

Ssato sonrió.

—Ah, ya, ahora comprendo —dijo—. Usted ha visto en nosotros a unos futuros alumnos y ha querido probarnos. Muy bien, estamos dispuestos a empezar cuando usted lo mande.

—Pero, si todavía no me han dicho qué instrumentos prefieren tocar, caballeros.

Ssato se impacientó.

—Dejémonos ya de bromas, barón. ¿O es que su academia es una farsa destinada a sacar el dinero a los incautos?

—Señor mío, usted me está insultando —dijo von Klugenberg, orgullosamente—. Aquí no se estafa a nadie.

—Pero, ¿se enseña o no a ser espía? —terció

Grobo, que no podía contenerse más.

El barón dio un tremendo respingo, a la vez que palidecía.

—¿Espía? ¿Quién ha pronunciado aquí esa palabra malsonante?

—Mi amigo Grobo, barón —rezongó Ssato. Metió la mano en el bolsillo y sacó el folleto recibido por correo aquella misma mañana—. No me negará usted que esto no es suyo —añadió.

Von Klugenberg tomó el folleto, lo leyó rápidamente y de pronto lo hizo una pelota, para lanzarlo seguidamente a la cara de Ssato.

—Esto es una calumnia, una inmunda calumnia —protestó, virtuosamente.

Ssato se quedó como alelado.

—Pero, entonces, ¿no es esto una academia para espías?

—¿Cómo he de decirle que...?

—Entonces —cortó Ttur, bruscamente—, ¿por qué diablos lo anuncia, incluso, en el rótulo del exterior? Lo pone bien claro, barón.

Von Klugenberg empezó a dudar de la integridad de su mente.

—Yo... Pero soy profesor de piano, no de espías...

—Un momento, profesor —dijo Peter Vohnen—. Voy a ir a ver qué pasa.

Vohnen salió del edificio, que era un palacete de estilo antiguo, rodeado de un jardín de traza clásica, y salió hasta la calle. Sujeto a la verja de hierro que rodeaba el jardín, había un rótulo que decía:

«Academia de espionaje.»
«Director: barón M. von Klugenberg.»
«Cursos acelerados de espionaje. También por correspondencia»
«¡Hágase espía famoso y bien remunerado en diez lecciones por correo.»
«¡¡Precios módicos!!»

Cuando Peter leyó aquello, estuvo a punto de desmayarse.

Parapetado tras un árbol situado en el otro extremo de la calle, algo más abajo, Tiff vio la cara que ponía Peter y tuvo que taparse la boca para no romper en una estruendosa carcajada.

Peter entró corriendo en la casa.

—Es una broma, barón —gritó—. Alguien ha cambiado el rótulo de la verja.

—¡Han sido ustedes! —acusó el barón tunantemente.

Ssato se hartó y le largó un tremendo puñetazo que lo lanzó contra el piano. En el mismo momento, Dieter, defendiendo al barón, le arreó una patada en el muslo derecho y Ssato se puso a saltar como un desesperado.

Hans se abalanzó contra Ttur. Los dos hombres forcejearon como locos y acabaron cayendo sobre un clavicémbalo, que redujeron a astillas.

Grobo y Peter luchaban a silletazo limpio. Dieter fue a lanzarse contra Ssato, pero Bgreg le atacó por detrás a puntapié limpio y lo lanzó contra un arpa.

Mientras, Ssato, recobrado en parte, cargaba

nuevamente contra el barón. En uno de los vaivenes de la lucha, los dos hombres cayeron sobre el gran piano de cola, que se vino abajo con gran estruendo.

La pelea parecía no tener fin, pero la oportuna aparición de unos cuantos hombres de uniforme, calmó los ánimos de los combatientes.

—¡Cielos! —dijo el sargento Crown, que mandaba la patrulla policial—. Es la primera vez que asisto a una clase práctica de espionaje.

Y luego, como aquel asunto no le parecía demasiado claro, arrestó a los ochos hombres y se los llevó en un furgón celular a la Comisaría más cercana.

* * *

Cyrus Weepf miró de hito en hito al hombre que estaba junto a su secretaria y luego dijo:

—De modo que éste es el detective privado que, según usted, Doris, me va a proteger.

—Sí, profesor, y debo decirle que el señor Tiff me ha dicho que no debe preocuparse en absoluto por los honorarios.

Weepf soltó una risita. -

—Jamás me preocupo de lo que debo —contestó —. Siempre se preocupan mis acreedores... como lo estaría yo, si tratase con un tipo de mi clase.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor, aún en las actuales circunstancias, profesor —dijo Tiff—. Doris me ha contado algo acerca de su invento, y yo, a mi vez, voy a permitirle darle unos consejos, después de hacerle una pregunta. Si no tiene inconveniente, en efecto.

—Ninguno, muchacho —accedió Weepf,

benévolamente—. ¿Cuál es la pregunta?

—Esta, profesor: ¿qué piensa hacer con su invento, una vez lo haya desarrollado por completo?

—¡Ganar dinero, naturalmente!

* * *

Tiff se quedó parado al oír aquellas palabras. Weepf sonrió y dijo:

—¿Esperaba oír una respuesta más altruista, muchacho?

—Bueno, profesor…

Weepf hizo un gesto con la cabeza.

—Bastante se beneficiará la humanidad con mi invento, para que no le saque algún fruto —añadió—. No soy un viejo y, aunque me gusta la ciencia, también me gusta obtener cosas buenas de la vida. Todo se puede compaginar, ¿no cree?

—Según su punto de vista, sí, profesor.

—Estupendo. Y ahora, vengan los consejos que anunció antes, Tiff.

—Verá, profesor —dijo el joven con acento pensativo—, usted culminará sus trabajos sobre inmovilización de áreas atmosféricas, pero, ¿ha pensado en lo que puede suceder?

—Mantendré las nubes inmóviles sobre una región hasta que llueva lo suficiente. Luego, las disiparé.

—¿Sí? Imagínese que una potencia extranjera sitúa sobre su nación una capa de nubes y la mantiene días, meses o quizá años. ¿Se imagina lo que sucedería en tal caso?

Weepf se quedó cortado.

—Yo no trabajo para que nadie tome mi

descubrimiento como arma de guerra —exclamó.

—El bisturí es un instrumento científico, pero alguna vez se ha usado para cometer un crimen —dijo Tiff.

—Pero…

—Profesor, no le dé más vueltas. Si alguien coloca una capa de nubes sobre los Estados Unidos y la mantiene sólo seis meses, los daños resultarán incalculables. Un hombre puede vivir seis meses sin sol; una nación resultaría arruinada.

—Oiga, Tiff, yo entregaría un aparato para contrarrestar esa acción y así…

—Si se apoderan de su invento y de los apuntes trazados, si le quitan a usted de en medio para que no pueda reproducirlo, ¿cómo entregará a su país la contra arma? —alegó Tiff en un razonamiento lleno de lógica.

CAPÍTULO VII

Las palabras de Tiff abrumaron al profesor, quien se dejó caer en una silla.

—Yo... no había pensado...

Tiff se volvió hacia Doris.

—Lo siento, pero alguien tenía que hacerle ver la realidad de las cosas.

—La cruda realidad —subrayó ella—. Y a mí tampoco se me había ocurrido pensar en una posibilidad semejante.

—El hombre inventó la rueda para un transporte más fácil pero también para una mayor rapidez de desplazamiento. Y cuando descubrió esta aplicación de la rueda, ¿cuánto tardó en utilizarla en sus empresas guerreras?

—¿Tiene usted algo que sugerir al profesor, Tiff? —preguntó Doris.

Weepf miró ansiosamente al joven.

—Sí —confirmó Tiff.

—Vamos, hable, no nos tenga sobre ascuas —dijo la chica, esperando, sin saber por qué, una solución milagrosa de los problemas del profesor.

—Un traslado —dijo Tiff, por fin.

—¿Traslado? ¿Adonde? —exclamó Weepf.

Tiff se encogió de hombros.

—A algún lugar que nadie le conozca —respondió.

—Mi casa está bien protegida —alegó Weepf—. Nadie puede entrar en el recinto sin mi permiso y, si alguien lo intentase, moriría.

—No hay trampa que no se pueda anular con un

poco de ingenio, profesor —dijo Tiff.

—Dejemos esto —exclamó Doris—. Tiff, ¿cree usted útil el traslado?

—Indudablemente, Doris —respondió él.

—Pero los enemigos del profesor podrían vemos en el momento de efectuar ese traslado, con lo que todos nuestros esfuerzos resultarían inútiles.

—Si no tiene inconveniente, ¿quiere que yo me encargue de esos enemigos?

Weepf le miró ansiosamente.

—¿Piensa… quitarlos de en medio? —preguntó.

Tiff se echó a reír.

—Profesor, no me tome por un matón a sueldo. He dicho que los quitaré de en medio, pero no que vaya a cometer una matanza. Simplemente, los dejaré algunos días en estado de no molestar a nadie. Luego les permitiré que hagan una vida normal…, pero ya no sabrán dónde está usted escondido.

—Esa sería una buena idea —convino Doris—. ¿Qué le parece a usted, profesor?

—Que complete la idea del traslado con la del escondite, porque yo no conozco ninguno —repuso Weepf.

—Si me lo permite, profesor, yo también me ocuparé de ese asunto —declaró Tiff—. Pero lo primero es eliminar estorbos y eso es algo que voy a hacer inmediatamente. ¿Qué volumen de objetos es el que hay que transportar? —preguntó.

—Se necesitaría un camión de mudanzas, pero de los grandes —contestó Doris.

—Cuando vuelva, vendré ya con el camión de

mudanzas —afirmó el joven—. Doris, usted necesitará algo de su casa.

—Ya iré a buscar...

—No, no se mueva; yo le traeré una maleta con ropa. Quizá no vuelva hoy, pero mañana, seguro, estaré aquí de nuevo. Hasta la vista, profesor, Doris.

Y, sin más, Tiff se lanzó impulsivamente hacia la puerta. Weepf le vio marchar con la sonrisa en los labios.

—Un buen muchacho, evidentemente —calificó—. Creo que hemos tenido suerte al conocerle, ¿no lo cree, muchacha?

—Sí, profesor. Por cierto, he estado mirando en la enciclopedia el pueblo de donde viene Tiff y...

Weepf lanzó de pronto un grito.

—¡Doris, desconecte las trampas, pronto! ¡Tiff se ha ido sin el aparato de protección!

La muchacha palideció terriblemente. Reaccionó en seguida y se abalanzó sobre una palanca que había en el cuadro de mandos de los aparatos del laboratorio.

Era ya tarde. Afuera, en el jardín, se oyó el tableteo de una ametralladora.

A través de la ventana, Doris vio, con ojos aterrorizados, la figura de Tiff que se tambaleaba ostensiblemente, con las manos en la cintura.

Doris gritó de pavor. Un segundo después, Tiff perdía el equilibrio y se desplomaba violentamente al suelo.

* * *

—Pero, mi querido señor comisario —dijo el barón

—, ¿a quién se le ocurre instalar una Academia de Espionaje y anunciarlo públicamente? Eso es una broma pesada de algún enemigo que me quiere mal, se lo aseguro. Yo soy profesor de música y tengo todos los permisos en regla…

—Sí, sí, barón —admitió el comisario cansadamente—. Todo está en regla y pueden irse.

—*Danke, danke schon, herr kommissar* —agradeció atropelladamente von Klugenberg—. Es usted muy gentil…

—Vamos, váyanse de una vez, tengo trabajo.

—Sí, señor comisario. Salgamos muchachos.

Los cuatro hombres salieron a la calle. Von Klugenberg estaba que echaba chispas.

—Eso ha sido obra del amigo de Doris Plunkett —dijo, conteniendo difícilmente la ira que sentía—. Pero no pasa de hoy que le ajustemos las cuentas —aseguró,

—¿Cómo, señor barón? —preguntó Dieter.

—Vamos a casa. En el camino, pensaré algo —decidió von Klugenberg—. Primero lo quitaremos de en medio. *Ja*. Después… le tocará el turno al profesor y su maravilloso invento.

Mientras caminaban por la acera, el barón se echó a reír de pronto.

—Muchachos, ¿os imagináis a Europa y la zona mediterránea sin sol durante seis meses o un año? ¿Ni sois capaces de figuraros lo que sucedería en tal caso?

Sonaron varias risitas. Sí, los «muchachos» se imaginaban fácilmente lo que iba a ocurrir si el barón conseguía apoderarse del invento del profesor Weepf.

Mientras tanto, en la comisaría de policía, había

alguien que se sentía sumamente preocupado.

—Esos, los otros son los que me tienen desconcertado —confesó el comisario a su subordinado, sargento Miller—. ¿Ha visto usted qué nombrecitos figuran en sus documentos personales?

—Sí, muy extraños, en efecto —convino Miller—. Pero no debemos fijamos demasiado en sus nombres, sino más bien en su aspecto. Esos tipos me parece que no son del país.

—¿Quiere usted decir que son extranjeros?

—Pondría la mano en el fuego por ello, señor; y más todavía, no me parecen trigo limpio. Esos tipos no han venido al país precisamente como turistas.

El comisario se acarició pensativamente la mandíbula.

—Puede que tenga usted razón, sargento —dijo—. Lo mejor será contactar con el Departamento de Estado y que envíe expertos para interrogarlos. Puedo retenerlos veinticuatro horas muy bien, antes de que me hagan una protesta legal.

Y, tomada una decisión, el comisario alargó la mano hacia el teléfono, para comunicarse con el jefe superior y que éste se pusiera en contacto con el Departamento de Estado. Si se trataba de espías extranjeros, era la organización adecuada para entenderse con ellos.

De repente, antes de que hubiera podido pronunciar una sola palabra, se oyeron unos fuertes gritos. Algo se derrumbó con sonoro estrépito.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario, alarmado.

—Algo ocurre en los calabozos, señor —contestó

Miller, lanzándose hacia la puerta.

* * *

—Al barón y a los otros les han soltado —dijo Grobo, lúgubremente—, pero nosotros nos hemos quedado aquí.

—Se van a dar cuenta de que somos forasteros —manifestó Bgreg.

Ssato sonrió.

—Pero, ¿es que creéis que vuestro jefe es un inepto? —dijo—. Precisamente esperaba a que se marcharan para que nos dejasen solos, porque, naturalmente, la llave que tengo yo para abrir este calabozo, debe servir para nosotros de una manera exclusiva.

—¿Llave? —repitió Ttur, extrañado.

—Es sólo una metáfora, pero nos permitirá salir libres. Y, a fin de cuentas, es lo que interesa, ¿no crees?

—Bueno, bueno, enseñe esa llave —refunfuñó Grobo, con muy poco respeto para su jefe.

Ssato llevó la mano izquierda al bolsillo de su chaqueta y sacó una funda para gafas.

—Aquí está la llave —dijo, a la vez que extraía las gafas de la funda—. Dije que era un poco miope y me permitieron conservarlas.

Soltó una risita.

—Los miopes son ellos —añadió, despectivamente.

Acto seguido, Ssato dobló las gafas extrañamente, de tal modo que los cristales vinieron a quedar montados el uno sobre el otro, con una separación de cinco o seis milímetros. Las patillas estaban paralelas,

a una distancia de cinco o seis centímetros.

El extremo de cada patilla estaba terminado en una ligera protuberancia de forma oval. Ssato sujetó cada protuberancia con el índice y el pulgar y luego hizo presión.

Un delgadísimo chorro de luz, que parecía un trazo, blanquecino en la atmósfera, brotó inmediatamente de aquel extraño artefacto. Al chocar contra el muro, se produjo un punto de luz rojiza.

Ssato fue moviendo el aparato, de modo que el dardo de luz blanca fuese recorriendo la pared lentamente, a la velocidad de un decímetro por cada dos segundos de tiempo. Un minuto después, quedaba señalado en la pared un rectángulo de metro y medio de lado por sesenta centímetros de anchura.

Ssato aflojó la presión y el dardo de luz desapareció instantáneamente. Luego, satisfecho, extendió la mano izquierda y dijo:

—¡Ttur, pégale una patada al muro!

El aludido obedeció. El rectángulo de pared cedió en el acto y cayó hacia afuera, con tremendo estrépito.

En la calle hubo gritos y sustos. Ssato se precipitó hacia la abertura.

—¡A correr, muchachos! —exclamó.

Los cuatro hombres salieron por el hueco, provocando el pánico entre los transeúntes. Momentos más tarde, el comisario, el sargento y algunos guardias, llegaban a los calabozos y, estupefactos, contemplaban el agujero abierto de increíble forma en una pared de más de sesenta centímetros de espesor.

El comisario tragó saliva.

—Esto… esto no lo han hecho seres… normales —dijo.

—No pueden ser normales, comisario —concordó Miller—. Son… marcianos.

CAPÍTULO VIII

Tiff fue trasladado al interior de la casa por el profesor, Doris y la señora Dickinson, ama de llaves. La cintura del joven estaba completamente llena de sangre y su aspecto inducía al pesimismo.

Doris tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ha sido por mi culpa —dijo—. Se me olvidó darle el medallón...

Weepf tenía las facciones contraídas.

—Resulta deprimente —masculló—. Yo instalé las trampas contra posibles enemigos y el único que ha ido a caer en una de ellas es un amigo.

—Voy a llamar al doctor —anunció la señora Dickinson.

—No se moleste —dijo Weepf—. Este pobre chico no tiene salvación. Haré lo que pueda por aliviar sus últimos momentos, pero...

Doris lanzó un gemido. Tiff tenía la cara completamente blanca y respiraba con dificultades.

Con unas tijeras, Weepf rasgó sus ropajes, dejando el cuerpo casi enteramente al descubierto. Doris se aterró al ver los cinco o seis orificios de bala que Tiff tenía en el costado izquierdo.

—Debe de haber terribles desgarramientos en la base de los pulmones, estómago, hígado y bazo —diagnosticó Weepf—. Y todavía no me explico cómo las balas no han interesado el corazón.

La sangre fluía incesantemente de las heridas. En vano se afanaban las dos mujeres por restañarlas. Doris comprendió que el shock causaría la muerte, a

no tardar mucho.

De pronto, Tiff abrió los ojos.

—Doris... —dijo débilmente.

La muchacha se inclinó sobre él.

—¿Sí, Tiff?

—Tiene que hacer... una cosa... para salvar mi vida...

—Lo que usted diga, Tiff —accedió ella, tratando de contener las lágrimas que afluían incesantemente a sus ojos.

—Vaya... corriendo a mi habitación... en el hotel... Tengo dos maletas... Desenganche de un tirón el asa... de la más pequeña y tráigala lo más pronto posible. Eso... me salvará la vida...

—Sí, Tiff, iré ahora mismo.

—Yo... haré un esfuerzo para aguardarle, Doris..., pero no se retrase demasiado o...

Weepf llegó en aquel momento con una sábana hecha tiras para vendar las heridas.

—Ha recobrado el conocimiento —dijo.

—Sí, profesor —contestó Doris—. Voy a su hotel; tiene allí una medicina que le salvará la vida, según me ha dicho.

Weepf se quedó atónito.

—Pero eso es... —Vio que Tiff le miraba y se reprimió en el acto—. Ojalá sea verdad —añadió.

Doris se secó las lágrimas de un manotazo.

—Si él lo dice, será verdad, pero ya no puedo entretenerme más —exclamó resueltamente.

—Doris —llamó Tiff de pronto.

La joven se volvió hacia él.

—Déme… la mano… —pidió Tiff.

Ella accedió. Notó un ligero hormigueo en el brazo pero no le dio importancia alguna.

—Es… para protegerla… de sus enemigos —susurré el herido. Y casi en el mismo instante, cerró los ojos,

—¡Ha muerto! —gritó Doris.

Weepf puso una mano en el pecho del joven.

—Su corazón late todavía —dijo.

Doris corrió hacia la puerta.

—Voy a buscar esa medicina —expresó—. No quiero que Tiff muera.

Su coche estaba en el garaje. Montó en el vehículo, dio el contacto y arrancó como una centella.

Los mecanismos del medallón anularon las trampas y abrieron automáticamente la verja de entrada. Segundos después, Doris se lanzaba hacia la población a toda velocidad.

Procuró mantener la serenidad durante el trayecto» Si sufría un accidente, cosa, que en sí y por ella, no le importaba demasiado, Tiff moriría.

Y quería que se salvase. No sabía por qué, pero tenía la seguridad de que aquella medicina sanaría las espantosas heridas causadas por la ráfaga de ametralladora.

Llegó al hotel y subió al tercer piso, donde estaba la habitación de Tiff. Sólo cuando hacía girar el pomo de la puerta advirtió de que le faltaba la llave, pero su impaciencia era tan grande como su nerviosismo y, sin darse cuenta de lo que hacía, empujó hacia delante.

La cerradura cedió con seco chasquido. Doris no le dio importancia alguna al incidente.

Con paso resuelto, avanzó a través de la sala, pasó al dormitorio y buscó el armario maletero.

* * *

—Aquí es —dijo el barón von Klugenberg.

—La puerta está abierta, barón —observó Dieter.

—Gente olvidadiza —dijo von Klugenberg, despectivamente—. Está bien. Hans, Peter, quédense en el pasillo vigilando, mientras Dieter y yo nos encargamos de ese tipo.

—¿Lo estima necesario, barón? —preguntó Peter.

—Es nuestro principal enemigo y mientras él esté con vida, no podremos considerarnos en seguridad. ¿Vamos, Dieter?

Los dos hombres cruzaron el umbral. Dieter volvió la puerta y Hans y Peter quedaron en el pasillo, fumando y charlando en actitud intrascendente.

Mientras tanto, Doris había llegado al armario y lo había abierto. Vio la maleta pequeña, se inclinó, agarró el asa y tiró con fuerza.

La mayor parte del asa, de forma casi cilíndrica, quedó en sus manos después de un ligero chasquido. Doris se incorporó y, en el mismo momento, oyó pasos en la sala.

Inmediatamente pensó que se trataba de algún intruso. El instinto le hizo ocultar el asa en el escote. Casi en el acto, vio al barón y a uno de sus acólitos.

—Señorita Plunkett —exclamó Von Klugenberg, vivamente sorprendido.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Doris—. Están invadiendo un domicilio privado, así que váyanse inmediatamente.

El barón se rehízo bien pronto.

—*Meine liebe Fraülein* —contestó, almibaradamente —, temo que no vamos a poder cumplir esa orden. ¿Ha visto usted al señor Tiff?

—Eso no es cosa que le importe a usted, barón.

Dieter dio un codazo a su jefe.

—*Ach, herr baron* —dijo—. Ella sabe dónde está.

Von Klugenberg sonrió.

—Creo que has tenido una buena idea, Dieter.

—Y, con el permiso del señor barón, yo me encargaré de que la linda señorita Plunkett nos diga dónde está su amigo.

Doris apretó los labios.

—No hablaré —contestó.

Dieter avanzó hacia ella.

—Hablará —afirmó, seguro de sí mismo.

Y alargó una mano hacia la muchacha.

Pero Doris no estaba dispuesta a dejarse avasallar. Lucharía con todas sus fuerzas, pasara lo que pasara.

Alzó la mano y dirigió una bofetada a la cara del teutón, Se oyó un sonido muy parecido a un trallazo.

Dieter dio dos vueltas en redondo y luego salió catapultado hacia un diván, sobre el que cayó, sin haber comprendido muy bien lo que le había sucedido. Doris no se quedó menos perpleja.

El monóculo del barón cayó, pero quedó retenido por la cinta de seda negra que acababa en el ojal de su chaqueta. Von Klugenberg estaba terriblemente asombrado por los efectos de aquella tremenda bofetada.

Doris avanzó hacia él.

—Déjeme pasar —ordenó.

El bastón de Von Klugenberg se puso horizontal.

—Eso es un fusil… —empezó a decir, pero no pudo terminar.

Doris dio un salto, alargó la mano, agarró el bastón y pegó un tremendo tirón, que hizo caer al barón hacia delante. El bastón pasó a su poder y, en el acto, sin más trámites, asestó un tremendo golpe en el saliente final de espalda de von Klugenberg.

El barón lanzó un aullido de dolor y se estiró en el suelo. Al mismo tiempo, la contera del bastón emitió un fogonazo y un ligero chasquido.

Dieter gritó de pánico. La bala le había rozado el pómulo izquierdo, trazando en aquella zona un surco sangriento, antes de ir a hundirse en la pared.

Pero reaccionó en seguida y saltó hacia la joven, arrebatándole el bastón, mientras su dueño continuaba gimiendo en el suelo. Doris, sorprendida, perdió el bastón, pero no tardó en contraatacar.

De nuevo golpeó a Dieter, poniendo en ello todas sus fuerzas. Ahora, sin saber por qué, empleó el puño derecho.

Fue un golpe de efectos sorprendentes.

En aquel momento, Hans y Peter entraban en la sala, atraídos por el ruido de la pelea.

—Cielos —exclamó Hans—. Los ha vencido a los dos.

—Y a ustedes también —aseguró Doris, inflamada por un espíritu belicoso como no había sentido hasta entonces.

—A ellos los cogió por sorpresa —contestó Peter,

avanzando hacia la joven.

Doris vaciló un momento. De súbito, echó a correr hacia delante.

Hans y Peter se juntaron para cerrarle el paso. Ocurrió algo espectacular.

Doris atropello a los dos individuos, lanzándolos por el aire con tremendo ímpetu. Hans y Peter fueron proyectados contra la pared y, después del choque, cayeron al suelo, en donde quedaron aturdidos, con la sensación de haber sufrido el impacto de un camión pesado.

El paso quedó libre. Doris se dirigió hacia el ascensor, preguntándose dónde habría podido adquirir aquellas fuerzas de hércules.

* * *

—Allí va la chica —dijo Grobo.

Ssato contempló con unos prismáticos la veloz marcha del automóvil, cuya velocidad apenas se aminoró al hallarse en las inmediaciones de la verja de entrada, que se abrió por sí sola, ante el asombro de los cuatro individuos.

—Tiene un mecanismo secreto de apertura —dijo Ttur.

—Qué listo eres —contestó Ssato, irónicamente—. Eso es muy sencillo de instalar, pero lo que a mí me preocupa son las trampas que pueda haber a partir de la entrada.

—Jefe, ¿qué dice de la verja? Puede que esté electrificada —sugirió Bgreg.

—Eso, a la noche lo veremos —dijo Ssato—. ¿Habéis, traído todos los artefactos?

—Todos —respondió Bgreg.

—Muy bien. Entonces, aguardaremos a que sea de; noche para entrar en la casa y llevarnos como sea el invento del profesor —decretó Ssato, tajantemente.

CAPÍTULO IX

Doris vio que Tiff abría los ojos al entrar ella en la sala y sintió un enorme alivio al comprobar que el joven seguía aún con vida.

—¿Cómo está, profesor? —preguntó.

Weepf hizo un signo negativo con la cabeza.

—Aún no sé cómo ha podido resistir tanto —contestó.

Doris se arrodilló junto al herido. Haciendo un visible esfuerzo, Tiff dijo:

—El asa es... como un tubo de pomada. Vierte una cucharada en un vaso de agua. Con el resto... embadurna las heridas... Pronto, por favor; siento que me estoy agotando...

—Sí, Tiff, ahora mismo. Profesor, rápido, un vaso de agua.

Weepf corrió hacia la cocina y regresó a los pocos instantes. Doris apretó aquella especie de tubo y vertió un poco de pasta sobre la cuchara, que introdujo en el agua sin tardanza.

La pasta era casi incolora y se disolvió instantáneamente. Mientras ella la daba a beber al herido, el profesor quitaba los vendajes que cubrían su cintura.

Doris se estremeció al ver el horrible aspecto de las heridas.

—¿Cómo ha podido sobrevivir? —murmuró.

—Usa la mano... para extender... la pasta —dijo Tiff—. No hace falta que te laves antes... La pasta desinfecta todo...

Tiff lanzó de pronto un gemido de dolor. A pesar de que Doris procuraba pasar la mano con suavidad, el roce excitaba los centros nerviosos del herido, cuyo rostro se puso lívido.

Por un momento, pareció que desfallecía. Luego, cuando Doris hubo terminado, Tiff dijo:

—No hace falta que me venden. Bastará una simple sábana encima del cuerpo.

A Doris le pareció que la voz de Tiff era más firme., Pero no pudo seguir hablando.

Tiff cerró los ojos. En el primer momento, Doris se alarmó. Luego vio que el herido exhalaba un profundo suspiro y, relajaba sus miembros, y comprendió que se disponía a descansar.

Weepf olisqueó el tubo de pomada, que había quedado vacío.

—No sé de qué diablos estará compuesta la medicina, pero si le salva la vida, tendré que quitarme el sombrero en honor a su descubridor.

Apoyó una mano en el pecho del herido y añadió:

—El pulso es muy débil todavía, pero incomparablemente más fuerte que hace unos minutos. Creí que le iba a dar un colapso mortal, se lo digo con sinceridad.

—Hay cosas que no comprendo muy bien —manifestó Doris, notablemente más aliviada su tensión interior—. Es un hombre tan extraño...

—Sí, muy extraño... que es una forma de llamar extranjero o forastero a una persona. ¿Dónde estará Kxorb? —dijo el profesor.

—En Kxorbyland, naturalmente —contestó la

muchacha—. Yo lo he visto en la enciclopedia. Es su capital.

—¡Pero Kxorbyland no es ninguna nación de la Tierra! —exclamó el profesor, lleno de asombro por la respuesta de su secretaria.

* * *

—Ahí está, muchachos. Ahí está la casa de la podredumbre, de la miseria moral, donde se elaboran artículos nefastos para la vida de la humanidad. Un repugnante producto de la sociedad de consumo, que es preciso destruir en su totalidad y barrer por completo de la faz de la Tierra. Ahí, en fin, está el antro de perversión del profesor Weepf.

La mano izquierda de Diño Falleri señalaba las ventanas iluminadas de la casa del profesor. Cuatro o cinco melenudos, vestidos tan astrosamente como él, le escuchaban con beatífica atención.

—Este acto de protesta nuestro —siguió Diño—, es sólo el primer paso en la senda de la revolución que hemos emprendido. El mundo tiene que saber cómo hemos dado ese primer paso y pronto todos conocerán nuestra más fiera protesta, hasta en el más apartado rincón del planeta.

—Bravo, Diño —gritaron dos o tres de sus acompañantes.

Además de rencoroso, Diño tenía la memoria de un elefante y no podía olvidar los desdenes de Doris. En el fondo, su rencor se debía al hecho de que, con el plantón de Doris, iba a tener que trabajar para comer.

Había confiado en el matrimonio con Doris, que ganaba un magnífico sueldo, para vivir sin dar golpe,

dedicado a sus soflamas y panfletos revolucionarios, pero con mesa y cama puesta acabadas sus «jornadas de trabajo».

La ruptura, inesperada, con Doris, había eliminado de sus sueños tan rosado porvenir. A Diño le importaba un rábano lo que hacía el profesor.

Sólo quería vengarse de la muchacha. Sí, le daría un buen susto. Al menos, se tomaría esa satisfacción.

—¿Y qué hace ahí el profesor? —preguntó uno de sus acompañantes.

—¿Qué importa lo que haga? Trabaja para el sistema, eso es todo; el odiado sistema que nosotros vamos a destruir. Anotad la fecha, muchachos —exclamó Diño, tunantemente—. Anotad la fecha y acordaos un día de que hoy empezasteis a ser hombres y no meras cifras en un censo de hormigas.

Sonaron aplausos y bravos entusiasmados. Diño se inclinó un par de veces, simulando modestia.

—Gracias, gracias, bravos compañeros. No olvidéis jamás nuestro lema de combate: «Patas arriba...

—...lo que está patas abajo» —contestaron a coro los demás.

—Estupendo, chicos —alabó Diño—. Tommy, ¿estás seguro que el cacharro funcionará?

—Como la seda. Diño.

—Muy bien. Esperad aquí; en seguida volveré. Voy a poner la primera piedra de la revolución que transformará al mundo.

Diño se perdió en las tinieblas con el paquete que llevaba en las manos. Dos minutos más tarde, volvió junto a sus compañeros.

—Debemos alejamos un poco —dijo—. El espectáculo resultará más vistoso desde cierta distancia.

El grupo retrocedió. Mientras caminaban, Diño agarró a uno de sus acompañantes para sostener con él un breve aparte.

—Oye, Steve, necesito que me prestes cinco dólares para esta noche —pidió.

—Espérate que lleguemos a la gasolinera —contestó el otro—. Tengo que pedírselos «prestados» al empleado de noche.

—Ah, magnífica idea, Steve. Que los podridos burgueses sufraguen los gastos de nuestra revolución con el dinero que emplean para envenenar nuestra atmósfera, la atmósfera que es de todos y de la que se han apropiado para su uso exclusivo unos cuantos burgueses privilegiados.

* * *

—Creo que he oído voces —dijo Ttur.

—Bah, ilusiones —calificó Ssato, despectivamente —. Nadie viene por aquí a estas horas. Vamos, andando, muchachos.

Los cuatro hombres descendieron cautelosamente por la ladera, acercándose a la casa del profesor. Estaban a quince o veinte metros de la tapia cuando, de pronto, un vivísimo relámpago rasgó la oscuridad.

Una fuerza potente e invisible, que emanaba un calor asfixiante, lanzó a Ssato y sus colaboradores por tierra, aturdidos y ensordecidos por el fenomenal estampido de la explosión. Durante unos segundos, permanecieron en el suelo, sin saber qué hacer.

—Yo me marcho de aquí —dijo Ttur, casi llorando —. Es imposible, imposible... Las trampas funcionan antes de entrar en la casa...

Grobo gateaba por el suelo, sin saber lo que se hacía. Bgreg tenía la boca abierta de par en par.

La sorpresa había fallado, reconoció Ssato, amargamente.

—El profesor ha tenido demasiada suerte —se lamentó, mientras emprendía la retirada, renqueando de un modo lastimoso.

El trueno de la explosión hizo saltar un par de vidrios dentro de la casa. Doris, alarmada, se levantó del sillón donde velaba el sueño de Tiff y corrió hacia el vestíbulo.

El profesor y su ama de llaves comparecieron al poco.

—Alguien quería entrar —dijo Weepf—. Las trampas han funcionado a las mil maravillas.

—Sí, pero, ¡qué susto me he llevado! —exclamó Doris.

—Peor hubiera sido que se hubieran colado en la casa sin advertirlos. De todas formas —dijo el profesor —, voy a investigar. Quédense aquí y no se muevan.

Weepf llevaba pendiente del cuello el medallón anulador de las trampas. Agarró en su despacho un revólver de pavoroso aspecto y salió al jardín.

Minutos más tarde, regresaba, con el desconcierto pintado en sus facciones.

—No lo comprendo —dijo—. No había ninguna trampa allí... y han saltado cinco o seis metros de tapia.

—Ahora intentarán entrar a través del hueco —sugirió Doris.

—Las trampas están en completa actividad —respondió Weepf—. He comprobado el indicador y la única afectada ha sido la zona electrificada. Pero el primero que quiera entrar, tendrá que cruzar el jardín… ¡y la pomada de Tiff se ha acabado ya!

* * *

Sentada en el sillón, Doris contemplaba el sosegado sueño de Tiff.

El profesor aseguraba que Kxorbyland no era una nación terrestre. Sin embargo, ella lo había leído en la enciclopedia consultada.

De repente, se le ocurrió una idea.

Había otra enciclopedia en el despacho del profesor. ¿Por qué no echarle un vistazo?

Minutos después, tenía en las manos el tomo correspondiente a la K.

Se quedó atónita. El epígrafe «Kxorbyland» no aparecía por ninguna parte.

¿Estaría tal vez en la X?

Tampoco. En aquella enciclopedia no aparecía ningún dato referente al país llamado Kxorbyland, que ella había visto en su propia enciclopedia.

Regresó muy preocupada a la habitación donde dormía el herido.

Se acordó de sus fenomenales poderes de sugestión. ¿No le había sugerido la idea de que Kxorbyland figuraba en su enciclopedia? Pero ahora no había encontrado el epígrafe en la del profesor, lo cual significó que, estando dormido Tiff, la sugestión

había desaparecido.

Y, ¿qué decir de la descomunal fuerza física que había adquirido de repente, la cual le había permitido vencer con cuatro facilidades a cuatro robustos individuos?

«¿Es obra de Tiff?», se preguntó.

Miró al herido, que continuaba durmiendo apaciblemente. Los colores empezaban a retornar a sus mejillas.

Doris rememoró una frase pronunciada por Weepf.

El profesor había dicho que extraño era también sinónimo de extranjero o forastero. Sí, indudablemente, Tiff era extranjero, pero, ¿de qué nación terrestre era oriundo?

¿Acaso era siquiera terrestre?

La idea se le ocurrió de repente y le hizo temblar.

Trató de desechar sus temores, pero no pudo. Aquel pensamiento se afianzaba más y más en su ánimo.

Tiff era... un ser extraterrestre...

Se reclinó en el sillón, procurando calmar la agitación que sentía. ¿No se estaba dejando llevar por una imaginación sobre excitada a causa de los agitados acontecimientos de los últimos días?

Poco a poco, el cansancio hizo mella en Doris y, al cabo de unos minutos, la joven acabó por dormirse.

CAPÍTULO X

Un rayo de sol entró por la ventana y dio de lleno en el rostro de Doris. La muchacha parpadeó un poco, suspiró y acabó por despertarse.

Bostezó al mismo tiempo que se estiraba voluptuosamente. De repente, sintió una especie de golpe en el pecho.

El diván estaba vacío.

Doris se puso en pie de un salto.

—¡Profesor! ¡Tiff ha sido secuestrado! —gritó, a la vez que se abalanzaba fuera de la estancia.

Doris alcanzó el vestíbulo. De repente, oyó un sonido.

El sonido más extraño que pensara escuchar en aquellos momentos.

Una carcajada de mujer.

—Pero, ¡qué buen humor tiene usted, don Tiff! —exclamó la señora Dickinson.

—¿Don Tiff? ¿Qué quiere decir don, señora Dickinson?

—Bueno, es una forma de tratar a las personas —contestó el ama de llaves—. Se usa mucho, entre nosotros, los hispanos, ¿sabe?

—Pero su apellido...

—M marido era un anglo, pero yo me apellido Ribera. Oiga, don Tiff, ¿sabe que me ha hecho mucha gracia el chiste? Eso de que el platillo volante del marciano estaba mal aparcado y vino la grúa a llevárselo y luego se tuvo que quedar a vivir para siempre en la Tierra... Vamos, es para desternillarse de

risa. El pobre..., ¿qué haría un marciano en la Tierra, don Tiff?

—Hombre, supongo que acomodarse a vivir como se vive aquí, señora Dickinson.

Doris creía soñar. Pero, ¿qué hacía Tiff en la cocina?

—Este filete está sabrosísimo, señora Dickinson. Le aseguro que en mi país no saben cocinar como usted. Tiene unas manos de ángel, créame.

—Favor que usted me hace, don Tiff. ¿Quiere más café?

—Claro, señora Dickinson...

—Llámeme Dolores, como lo hacía mi difunto esposo. Era un anglo, pero buena persona, a pesar de todo.

—Como quiera, Dolores. Le aseguro una cosa: Si yo fuera marciano me quedaría a vivir aquí, nada más que por sus guisos, se lo juro.

—Vamos, vamos, don Tiff, que aquí también hay otras cosas buenas. Sin ir más lejos, ahí tiene a Doris...

—Para eso no hace falta ir muy lejos, desde luego —rio Tiff.

—En efecto, yo estoy muy cerca —confirmó la aludida, desde la puerta de la cocina.

Tiff se volvió hacia ella, con la taza de café en la mano.

—Hola, Doris —dijo—. Pase, pase, Dolores le preparará el desayuno en un santiamén.

—Dentro de cinco minutos lo tendrá en la mesa, señorita Doris —aseguró el ama de llaves.

Doris tomó asiento frente al joven y le miró con

fijeza.

—Tiff, dígame la verdad —pidió—. ¿Es usted un marciano?

Tiff guardó silencio un momento. Doris observó que su aspecto era magnífico, como si no le hubiera ocurrido nada.

—No, Doris —contestó él.

—En tal caso, ¿dónde está Kxorbyland?

—¿No le parece que es un poco prematuro para explicaciones?

—¿Lo cree usted así, Tiff?

—Sí, Doris.

Ella dejó escapar un suspiro de resignación.

—Como quiera —respondió—. Pero, al menos, dígame usted de dónde sacó esa maravillosa pomada que, puede decirse, le ha resucitado.

Tiff sonrió.

—La traje conmigo cuando vine de Kxorbyland —contestó.

—No es una explicación muy clara —dijo ella—. Pero, desde luego, me siento maravillada. Hubo instantes en que le creíamos muerto.

—Yo también pensé morir, y tuve suerte, porque las balas no se me insertaron en el corazón. En ese caso, créame, ninguna pomada me habría vuelto a la vida.

—La ciencia médica debe de estar muy adelantada en su país, Tiff.

—Lo está, efectivamente, aunque no la ciencia culinaria —sonrió él.

—Don Tiff está pensando en raptarme y llevarme

de cocinera cuando se marche del país —terció Dolores, a la vez que ponía un plato ante la muchacha —. Pero si aceptara mi consejo, yo le diría que a quien debería raptar es a usted, señorita Doris.

—¡Oh! —dijo la joven, ruborizándose hasta la raíz del cabello.

Tiff la miró, mientras sonreía maliciosamente.

—En Kxorbyland no existen tan malas costumbres —dijo—, aunque quizá la rompa en honor a usted.

—¿Cree que yo me dejaría raptar? Pregúntele al barón lo que le sucedió anoche.

—Hola —dijo Tiff— ¿Se tropezó con él?

—Y con sus tres acólitos.

Tiff sonrió.

—Usted está aquí, de modo que es sencillo deducir lo que ocurrió —dijo.

—De repente, me sentí como un Sansón con faldas —declaró Doris—. ¿Por qué, Tiff?

El joven se puso inesperadamente en pie.

—Dispénseme, Doris —se excusó—, pero tengo trabajo.

—¿Qué va a hacer usted? —inquirió ella.

—¿No se acuerda? Tengo que contratar un camión de mudanzas.

—¡Pero no sabemos todavía adonde vamos a ir!

—Deje que yo me encargue de ese asunto, Doris. Y, por si no lo sabe, le diré que el profesor está de acuerdo con mi decisión.

Tiff abandonó la cocina, mientras Doris, perpleja, no atinaba a pronunciar una sola palabra.

A su lado, mientras le servía el café la señora

Dickinson lanzó un suspiro y dijo:

—¡Qué hombre, qué hombre! Si yo tuviera sus años y su figura, señorita Doris, créame, don Tiff estaría ya camino de la iglesia antes de que supiera lo que le estaba pasando.

Doris lanzó un bufido de enojo.

—¡A saber si hay iglesias en Kxorbyland! —exclamó, irritada sin saber muy las causas.

* * *

El hombre que estaba en la esquina se paró de pronto, parpadeó como si estuviera viendo visiones y luego, rápidamente, sacó del bolsillo lo que parecía un paquete de cigarrillos.

—Número Dos a Número Uno. Estoy viendo a Objetivo Tres. Sale de un almacén de la calle Mar conduciendo un enorme camión de mudanzas. Cambio para instrucciones.

—Número Uno a Número Dos. Péguese a él y sígale, informando constantemente de su trayecto. Abra la onda para que le oigan los demás y podamos reunimos todos. Eso es todo. Cambio y fuera.

—Enterado. Cambio y fuera —contestó Dieter Marschartz, a la vez que guardaba el paquete de cigarrillos de nuevo en el bolso.

Inmediatamente, montó en su automóvil y partió tras el camión de mudanzas, cuyo rótulo, en la parte posterior, le hacía fácilmente identificable.

Diez minutos más tarde, Dieter se paró para recoger a Peter Vohnen. Sucesivamente, fue recogiendo al barón y a Hans Wallenstein, a quienes había ido señalando todo el rato el camino que seguía

Tiff al volante del camión.

A unos cinco kilómetros de la ciudad, Tiff sacó el camión fuera de la carretera y se apeó. Dieter se detuvo igualmente a una prudencial distancia.

Con los prismáticos, el barón observaba los movimientos de Tiff.

—Parece que tiene alguna avería en el motor —dijo.

—¿Le ayudamos? —sugirió Peter, irónicamente.

—No, será mejor que aguardemos.

Cinco minutos más tarde, Tiff bajó la tapa del motor. Luego se metió debajo del vehículo, en donde estuvo cosa de siete u ocho minutos más.

Finalmente, regresó a la cabina y arrancó de nuevo. El coche del barón se puso también en marcha.

Veinte minutos después, Tiff se metió por un camino secundario.

—Va a la casa del profesor —adivinó Von Klugenberg.

—Sí, pero, ¿para qué diablos quiere el camión? —se extrañó Hans.

—La respuesta es sencilla: lleva materiales al laboratorio.

—Ah, claro.

El camión seguía rodando con toda normalidad. Fijos los ojos en el enorme vehículo, ni Dieter, que conducía el automóvil, ni los otros tres, se dieron cuenta de que, a su vez, eran seguidos por otro coche.

Ttur lo conducía. Ssato iba en el asiento posterior, junto con Grobo. Bgreg iba al lado del conductor.

—Esos tipos se nos van a anticipar —gruñó Bgreg.

—No lo creo —contradijo Ssato—. No se lo permitiremos.

—Irán armados —presumió el conductor.

—Nosotros también —manifestó Grobo.

—Cuidado —dijo Ssato—. Aquí, en este país, están prohibidas las pistolas atómicas. Caso de necesidad, usad las armas corrientes.

—¡Qué gentes más atrasadas! —se mofó Bgreg—. No permiten el uso de pistolas atómicas...

—Y si nosotros hiciéramos un solo disparo, tendríamos encima inmediatamente algo así como un millón de soldados. No, nuestros planes son muy otros y no podemos estropearlos usando un arma que, pese a no ser conocida, resultaría fácilmente detectable caso de usarla. ¿Está claro?

—Descuide, jefe; en caso necesario, emplearemos armas corrientes.

La casa del profesor se divisaba ya a unos dos kilómetros de distancia. De repente, Dieter vio que el camión reducía su marcha.

—¡Eh, se para! —dijo.

—Párate tú también —ordenó Von Klugenberg.

—Frena, Ttur —dijo Ssato.

El camión se detuvo en seco. Dieter miró a derecha e izquierda, buscando un lugar donde esconderse, pero no lo encontró.

El camino se angostaba en aquel lugar, al pasar por el fondo de una pequeña vaguada, lo que hacía que se formasen sendos terraplenes cubiertos de abundante maleza, a ambos lados. Incluso no quedaba espacio para maniobrar y dar la vuelta, de haberlo necesitado.

—¿Qué diablos piensa hacer ese tipo? —masculló Peter, muy enojado.

Súbitamente, el camión dio marcha atrás.

—¡Retrocede! —gritó Von Klugenberg.

—¡Atrás! —bramó Ssato.

Los dos coches dieron marcha atrás. Dieter volvió la cabeza, y vio el automóvil gris a treinta pasos de distancia.

—¿De dónde han salido esos…?

—¡Cuidado! —chilló Hans—. ¡El camión se nos echa encima!

El enorme vehículo aceleraba más y más a cada segundo que pasaba. Dieter, lleno de pánico, apretó el pedal de gas a fondo y alcanzó al otro coche con un tremendo topetazo.

Sonaron unos cuantos gritos y juramentos. Luego, alaridos de pánico.

El camión se les echaba encima a toda velocidad.

—¡Es increíble! —dijo Peter—. Corre hacia atrás tanto como hacia delante.

—¡Saltad! ¡Fuera todos! —vociferó el barón, lívido de pánico.

El camión aumentaba velozmente de tamaño. Los ocho hombres, enloquecidos de terror, se dispersaron rápidamente a ambos lados de la carretera.

Se oyó un tremendo estrépito cuando la zaga del vehículo pesado alcanzó al primero de los dos coches. El impulso era demasiado grande para que aquel obstáculo detuviera a un vehículo que pesaba más de treinta toneladas y los dos automóviles fueron arrastrados por el camión, en medio de un

impresionante fragor de hierros retorcidos, cristales rotos y, además, envueltos en una espesa nube de polvo.

El camión se detuvo al fin a treinta metros del lugar donde se había producido el choque. Tiff cambió las marchas, embragó y se lanzó de nuevo hacia delante, dejando a sus espaldas dos automóviles literalmente convertidos en chatarra.

Von Klugenberg perdió los estribos y lanzó una orden a voz en cuello:

—¡Fuego!

—¡Fuego! —gritó también Ssato.

Ocho pistolas tabletearon ruidosamente contra la cabina cuando el camión pasaba por delante de ellos. Las balas arañaron apenas los vidrios o rebotaron contra las planchas, sin causar ningún daño al ocupante.

Tiff agitó una mano al pasar por delante de ellos, a la vez que les dirigía una alegre sonrisa. Von Klugenberg bajó el arma desanimado al comprobar que las balas no hacían otra cosa que simples arañazos en la carrocería del vehículo.

—Está blindado —dijo.

El camión se alejó, dejando tras sí una densa estela de polvo blanquecino. Entonces, el barón se dio cuenta de que tenía frente a sí a los cuatro hombres que días atrás habían ido a tomar un curso de espionaje.

—¡Fuego con ellos, muchachos! —gritó.

—¡Fuego, fuego! —ordenó Ssato.

Ocho índices se curvaron simultáneamente sobre otros tantos gatillos. Los dos bandos estaban separados

solamente por la anchura del camino.

Pero no hubo ningún muerto, ni siquiera un herido leve.

¡Click, click, click…! Hicieron todos los percutores al golpear en el vacío.

CAPÍTULO XI

Hubo un momento de silencio.

La primera intención de Von Klugenberg, fue recargar el arma, pero se lo pensó mejor y alzó la mano:

—¡Paz, amigos! —solicitó.

Ssato le miró desconfiadamente.

—¿Paz? —repitió.

—Sí. Deseo establecer un armisticio con ustedes, señor de Ssüs.

—Mientras no se trate de ningún engaño...

Von Klugenberg arrojó su pistola al centro del camino.

—Tengo un cargador de repuesto, pero ya ve, me desarmo voluntariamente. Vosotros —ordenó a sus hombres—, arrojad también las armas.

Dieter, Hans y Peter obedecieron en el acto. Tras unos segundos de vacilación, Ssato emitió una orden análoga.

«Al fin y al cabo, todavía nos quedan las pistolas atómicas», pensó.

Y avanzó al encuentro de sus rivales.

—Celebro saludarle, barón —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Ha dicho un armisticio, ¿no es cierto?

—En efecto, señor De Ssüs —confirmó Von Klugenberg—. Un armisticio... y una propuesta de colaboración conjunta.

Ssato arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Seamos francos, señor De Ssüs. Ustedes quieren

lo mismo que nosotros. —El barón señaló con la mandíbula hacia la casa que se veía a lo lejos—. ¿Me equivoco?

—No —admitió Ssato de mala gana—. ¿Y...?

—Hasta ahora, los dos bandos hemos fracasado, debemos reconocerlo noblemente. Pero podemos conseguir lo que ambicionamos, si unimos nuestros esfuerzos.

Ssato se acarició la mandíbula, pensativamente.

—¿Se le ocurre a usted alguna idea, barón? —preguntó.

—Entonces, ¿acepta?

—Desde luego.

—Bien, yo propongo realizar el asalto a la noche. La tapia ha sido restaurada y el borde electrificado funciona nuevamente.

—Pero las trampas siguen, barón.

—Es cierto, si bien están todas en el sendero que conduce al edificio. Uno de mis hombres es buen saltador de pértiga; él pasará al otro lado, puesto que la tapia no mide más de tres metros de altura y abrirá la puerta desde el interior. Luego entraremos nosotros, nos desviaremos al jardín, sin seguir adelante por el sendero y... ¿Se imagina el resto?

Ssato tendió su mano impulsivamente hacia Von Klugenberg.

—¡Chóquela, barón! —dijo.

Von Klugenberg emitió una amplia sonrisa.

—A partir de ahora, diga mejor socio, mi querido señor de Ssüs —puntualizó, rebosante de amabilidad.

* * *

—Eso, ¿qué es? —preguntó Tiff, cuando se disponía a salir del laboratorio con un pesado bulto en las manos.

—El primer generador de estabilidad atmosférica que construí —replicó Weepf—. Luego hice el segundo…

—¿Tiene mucha potencia, profesor?

—Un quinto de megakilovatio, Tiff.

—¿Cuánto podría alcanzar?

—¡Psé! Algo así como a ciento cincuenta metros del centro, en todos los sentidos.

—Es decir, que podría ocultar la casa y el jardín por completo.

—Sí, claro.

—¿Cuál es la altura máxima que puede alcanzar la estabilización de la atmósfera?

—Cien metros.

Tiff hizo un gesto de aquiescencia.

—Póngalo en marcha, profesor —dijo.

—Tendré que desconectar la barrera electrificada de la tapia —manifestó Weepf—. El funcionamiento de este aparato, aun siendo tan pequeño, consume una cantidad bárbara de energía.

—En tal caso, ¿qué consumirá un aparato capaz de estabilizar la atmósfera sobre una nación?

Weepf hizo un gesto de desaliento.

—Ni lo he calculado siquiera —respondió—. Estoy en un atasco matemático a partir del segundo estabilizador y no puedo contestarle, muchacho.

—Su invento es bueno, profesor, y puede resultar muy útil, pero si no encuentra la manera de rebajar el

consumo de energía, temo que no quedará apenas, sino como curiosidad de laboratorio.

—Eso es lo que me temo yo, Tiff —contestó el científico.

—No se preocupe, profesor —dijo Tiff, sonriendo jovialmente—. Encontraremos la manera de resolver este problema. Siga empaquetando cosas; me gustaría marchar esta misma noche.

—Las mujeres se están ocupando de las provisiones —sonrió Weepf.

—Es lógico. Bien, no se olvide de poner en marcha el cacharrito. Si nos damos prisa, podremos irnos dentro de dos horas.

—De acuerdo.

El trabajo prosiguió afanosamente. Tiff iba y venía continuamente, cargado con bultos que, a veces, pesaban doscientos kilos, sin que se le notase el esfuerzo.

Doris le observaba en ocasiones y, a cada momento que pasaba, se confirmaba más y más en su creencia.

—Tiff no es terrestre —musitó en cierta ocasión—. Pero, ¿de qué misterioso y remoto planeta habrá llegado al nuestro?

Una hora después de anochecido, la niebla cubrió por completo la casa y sus alrededores.

—Esto es maravilloso —elogió Tiff—. Pero, a mi entender, le encuentro un inconveniente, profesor.

—¿Cuál? —preguntó Weepf.

—Estimo que no resultaría conveniente utilizarlo en las ciudades. Si la atmósfera no se renueva en una gran aglomeración urbana, ¿se imagina usted lo que

podría ocurrir?

—Desde luego, pero yo no lo he ideado para evitar a los ciudadanos de una gran población los rigores de sol en verano.

—Sí, resultaría extremadamente beneficioso para la agricultura —convino Tiff

A la hora señalada, el camión quedó listo. Weepf desconectó el estabilizador pequeño y Tiff lo llevó al camión.

La cabina era lo suficientemente grande para que los cuatro cupieran sin agobios. En el momento de dar el contacto, Tiff dijo:

—Profesor, ¿cuánto puede durar ahora la niebla sobre su casa?

Weepf hizo un gesto ambiguo.

—Hoy no sopla mucho viento, así que tal vez un cuarto de hora, media hora...

—Suficiente —sonrió Tiff, al mismo tiempo que pisaba el acelerador.

* * *

Dieter iba en cabeza del pequeño grupo, extendiendo las manos como si estuviera ciego. De pronto, tropezó con el muro y lanzó un suspiro de alivio.

—Aquí es —dijo.

Von Klugenberg encendió su linterna. La luz de la lámpara apenas si se veía con aquella niebla tan espesa.

—Esto favorece nuestros planes —dijo—. ¿No le parece a usted, mi querido señor de Ssüs?

—Estoy por completo de acuerdo con usted, barón

—respondió Ssato.

—Gracias. ¿Hans? —llamó Von Klugenberg.

—*Jawohl, herr baron* —contestó el aludido, que ya tenía en las manos una pértiga de reglamento.

En aquel momento se oyó el ruido de un motor.

—Se marchan —dijo Dieter.

—Silencio —cortó von Klugenberg—. Ese individuo trajo materiales en el camión y se va, una vez los ha descargado. Esto es mejor; así encontraremos al profesor sin compañía. ¡Agáchense!

Los ocho hombres se tendieron en el suelo. Segundos después, vieron los faros del camión que hendían las tinieblas.

El vehículo se alejó. Von Klugenberg se puso en pie.

—Vamos, Hans.

Wallenstein se dispuso a saltar. La niebla parecía haberse aclarado ligeramente, pero, a fin de que no cometiera errores, dos, o tres linternas alumbraron el suelo, en especial, las inmediaciones de la tapia.

Hans tomó impulso, llegó al pie del muro, apoyó la pértiga, tomó impulso y se elevó en el aire.

—*¡Ach!* —exclamó von Klugenberg, rebosante de satisfacción—. Dentro de unos momentos tendremos el paso libre.

Hans desapareció de su vista. De súbito, se oyó un seco chasquido, seguido de un agudo grito de pánico.

—¿Qué…? —empezó a decir el barón, pero no tuvo tiempo de continuar.

El grito subió por los aires y describió una parábola, acompañando al que lo profería. Hans

perneó frenéticamente antes de caer, por fortuna suya, sobre un espeso matorral que amortiguó considerablemente las consecuencias del impacto.

—Había un muelle al pie de la tapia —gimió, doloridamente—. ¡Qué golpe, qué golpe!

Von Klugenberg crispó las manos en torno al puño de su bastón. La pistola que había en su interior se disparó de pronto y sintió en su pie derecho una vivísima quemadura, al rozarle la bala el borde del zapato.

Atroces juramentos se escaparon de sus labios. De súbito, una ráfaga de viento aclaró la niebla y una de las linternas aumentó su potencia de iluminación.

—¡Rayos! —exclamó Dieter—. ¡La puerta está abierta!

* * *

El rencor de Diño Falleri no se había apagado con su primer fracaso. Buscó en la oscuridad la parte posterior del jardín y lanzó al borde de la tapia el gancho en que terminaba la escala de cuerda que había traído consigo.

Trepó por la escala y cabalgó sobre la tapia. Una vez arriba, tiró de una cuerda para izar el pesado bulto que había llevado consigo, el cual bajó luego al suelo del jardín.

A continuación, bajó él. Cargó con el bulto y se dirigió hacia la casa, cuya silueta se divisaba en la oscuridad con no demasiada precisión.

Una vez blandió el puño coléricamente y barbotó una frase llena de odio:

—Ah, maldita, de ésta no te vas a escapar.

Poco después, llegaba a la casa.

Escuchó.

Todo estaba en silencio.

—Perfecto —se dijo, a la vez que desliaba el bulto.

Manipuló en uno de los sectores de su superficie. Luego dio media vuelta y echó a correr.

Diño contempló satisfecho el espectáculo desde una loma situada a prudencial distancia. Fue una visión que le llenó de orgullo y satisfacción.

—¡Buen viaje al infierno, Doris! —se despidió de la muchacha.

* * *

—Conque la puerta está abierta —masculló Ssato.

—Sí, pero, ¿no se tratará de una trampa? —dijo aprensivamente el barón.

—¿Y por qué habían de dejarla abierta? —preguntó Ttur.

—Quizá se olvidaron de cerrarla —sugirió Grobo.

—No, eso es que han abandonado la casa —dictaminó Dieter.

A su lado, Hans, con las manos en los costados, se quejaba casi de continuo.

—Mira que poner un muelle en el suelo... —decía—. Tengo una suerte de todos los diablos. A lo mejor no había más que uno y...

—¿Quieres callarte ya? —masculló el barón, harto de sus lamentos.

Los ocho hombres estaban ante la puerta, situados a unos cien metros de la casa. Ninguno de ellos se atrevía a cruzar el umbral.

—Dieter —dijo el barón de pronto—. Tira una o

dos piedras, a ver si las trampas funcionan.

—Sí, señor.

Dieter buscó dos buenos pedruscos y arrojó el primero.

En el mismo instante, la noche pareció convertirse en día.

La casa saltó literalmente por los aires, convertida en pedazos por la explosión, que produjo un trueno aterrador. Los ocho hombres fueron derribados al suelo por la violencia de la onda explosiva.

Luego, los escombros que caían del cielo empezaron a apedrearlos.

CAPÍTULO XII

Doris abrió los ojos y comprobó con gran sorpresa que era ya de día.

—¡Caramba, sí que hemos ido lejos! —exclamó.

—Hemos estado viajando toda la noche —contestó Tiff—. Pero ya llegamos.

Doris se dio cuenta de que viajaban por una carretera de montaña, muy poco frecuentada al parecer, flanqueada por altísimos picos y hondos precipicios. En las cumbres se veía nieve.

—Estamos en las Rocosas —dedujo.

—Sí —confirmó Tiff escuetamente.

Minutos más tarde, Tiff metió el camión por un angosto desfiladero que tenía un trazado perpendicular al camino. Doris contempló con asombro el enorme paredón rocoso del fondo.

—¿Aquí vamos a establecer el campamento? —preguntó.

—Un momento —sonrió Tiff.

Paró el camión y encendió los faros, emitiendo con ellos una serie de rápidas guiñadas.

La pared rocosa en que acababa aquel imponente callejón sin salida que era el desfiladero medía unos veinticinco metros de altura. El desfiladero continuaba más arriba y su suelo ganaba cota a medida que se alejaba del borde de la pared, en la que Doris vio rastros inconfundibles de los torrentes que corrían por aquel lugar en épocas húmedas.

De pronto, la pared rocosa pareció hacerse transparente. Unos segundos más tarde, Doris, Weepf y

la señora Dickinson contemplaban con asombro la entrada a una oquedad de enormes dimensiones.

Tiff hizo avanzar el camión y cruzó la entrada. Con los faros posteriores repitió la señal y la pared se cerró, dejándolos envueltos en un ambiente oscuro, apenas aclarado por la luz de los faros del vehículo.

—Aguarden un momento, por favor —rogó Tiff.

Abrió la portezuela y saltó del vehículo, acercándose a una de las paredes de la cueva. Tocó algo y, en el acto, un torrente de luz disipó la oscuridad.

Doris se apeó del camión, seguido de los otros. Los tres se quedaron callados durante unos segundos.

La cueva era inmensa. Medía quince o veinte metros de altura, por cuarenta o más de anchura y su profundidad casi no se podía calcular.

A unos cincuenta metros de la entrada, había una gran cortina roja que parecía dividir en dos el espacio.

—¿Qué hay allí, Tiff? —preguntó Doris.

El joven sonrió.

—¿Por qué no lo averigua usted misma? —sugirió. A la derecha, junto a la cortina, verá un botón. Apriete, y la cortina se descorrerá por sí misma.

Tras unos segundos de vacilación, Doris echó a andar con paso resuelto. Alcanzó el lugar señalado pulsó el botón.

La cortina se descorrió silenciosamente, a la manera de un telón de teatro, dejando al descubierto algo que dejó a los acompañantes de Tiff sin respiración.

Weepf no era el menos asombrado. Lentamente,

avanzó hacia aquel gigantesco objeto de metal que yacía en el fondo de la caverna y tocó con la mano su pulida superficie.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. *¡Esto es una nave interplanetaria!*

—Interestelar es el calificativo apropiado, profesor —puntualizó Tiff con la sonrisa en los labios.

* * *

La astronave, hasta cierto punto, tenía una forma convencional: alargada, terminada en una aguda ojiva y con una especie de cortos timones en la cola. Sin embargo, carecía de tren de aterrizaje y se sustentaba sobre cuatro cortas patas, provistas en su base de pequeñas plataformas, que separaban su panza unos centímetros del suelo.

La nave tenía unos sesenta metros de largo, por quince de anchura y algo menos de altura, con ventanillas en la proa, a unos diez metros del morro y también otras en los costados. El metal era liso, sin inscripciones de ninguna clase.

—Ahora comprendo muchas cosas —dijo Doris—. Aunque no todas, por supuesto.

—La primera de ellas es que Kxorbyland no es un país terrestre —dijo el profesor.

—Es el nombre de mi planeta y en nuestro idioma —explicó Tiff.

—Y... ¿está muy lejos? —preguntó Doris con un hilo de voz.

—Unos ciento veinte años luz.

—Diablos, es una buena distancia —dijo Weepf, haciendo una mueca—. ¿Qué tiempo ha tardado en

llegar a la Tierra con su nave, Tiff?

—Oh, unos dos meses, tiempo terrestre, por supuesto!

Weepf se quedó casi sin aliento al oír aquella respuesta.

—Es decir, que ha viajado a la velocidad de dos años luz por día.

—Más o menos, profesor.

Weepf estaba tan aturdido, que empezó a contar con los dedos, a la vez que movía los labios bisbiseando frases.

—Die… dieciocho… billones de kilómetros diarios.

—Una cifra muy aproximada —convino Tiff.

Doris hizo un ademán circular con la mano.

—Tiff, no me diga usted ahora que esta caverna se la ha preparado en un par de horas, con alguna excavadora maravillosa —exclamó.

—Tanto como eso, no, desde luego, y, además, no soy yo quien encontró y acondicionó la caverna. Pero me parece, hemos venido aquí a trabajar.

—Eso es cierto —dijo el profesor, recuperándose—. ¿Dónde vamos a instalar los aparatos? Pero, sobre todo, ¿de dónde obtendré yo la energía necesaria para que funcionen?

—Eso es cuenta mía, profesor —respondió Tiff—. Usted siga adelante con sus experimentos y yo ya le ayudaré en lo que pueda.

—¿Qué hay de la cocina, don Tiff? —intervino Dolores—. Eso es cuestión mía, creo.

—También le tocará el turno —rio el joven, a la vez que se dirigía hacia la zaga del camión, para abrir

las puertas traseras—. Para el alojamiento, usaremos las cámaras de mi nave. Hay dos y las mujeres ocuparán una de ellas.

Doris se acercó al joven.

—Tiff, dígame, ¿qué le hizo usted al camión cuando nos seguían aquellos sujetos? Nunca había visto que un vehículo pudiera correr hacia atrás a tanta velocidad como hacia adelante.

—Oh, fue sencillo —contestó él—. Simplemente, di unos toquecitos al motor y a la transmisión y…

Ella le miró con ojos muy abiertos.

—Tiff, ¿son en Kxorbyland todos tan listos como usted? —preguntó.

—Oh, los hay todavía más inteligentes que yo —contestó él, riendo—. Muchos, muchísimos, por supuesto. Otros no tanto, claro; y algunos tienen muy malas ideas.

—Como, por ejemplo, Ssato de Ssüs.

—Sí, Doris.

—Ssüs… ¿es también una ciudad de Kxorbyland, como Kxorb?

—Sí. Kxorb es la capital, pero Ssüs apenas si le cede en importancia.

Doris se tocó la nariz con un dedo.

—Estoy olfateando algo así como rivalidad entre dos ciudades —dijo.

—No anda muy descaminada, Doris.

—Ya —murmuró ella—. Tiff, sentiría mucho que tomasen a la Tierra como escenario de sus peleas.

—Doris, lo que estoy haciendo es, precisamente, tratar de evitar eso que usted ha dicho. Pero pronto

tendrá una explicación completa de todo, se lo prometo.

—Así lo espero, Tiff. Y ahora, dígame una cosa.

—Lo que usted quiera, Doris.

—Antes ha dicho que no es el constructor de la caverna. Pero, indudablemente, cuando vino aquí, conocía su existencia.

—Cierto, Doris.

—¿Cómo se guió? ¿Quién le indicó el camino?

—Arriba, en el exterior y convenientemente disimulado, hay lo que aquí, en la Tierra, se llama radiofaro; Naturalmente, yo ya conocía el rumbo para llegar este planeta, pero, a un año luz de distancia, empecé recibir las indicaciones del astrofaro y así la cosa fue mucho más sencilla.

—Sí, Tiff, pero eso que me ha dicho usted indica un hecho, a mi entender, irrefutable.

—¿Cuál es, Doris? —preguntó el joven.

—Que antes de usted, ha habido otros kxarbylanos en el planeta, es decir, que sin saberlo, hemos recibido numerosas visitas de gentes extraterrestres.

Tiff hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Como ha dicho hace un instante, es un hecho irrefutable —confirmó.

* * *

—Dondequiera que estén, nosotros seremos capaces de localizarles —dijo Ssato.

—¿Cómo, señor de Ssüs? —preguntó el barón, mientras sostenía con los dientes el largo vástago de su boquilla, al otro extremo de la cual humeaba un aromático cigarrillo.

—Uno de mis subordinados ha ido en busca de un aparato con el cual la localización de Tiff de Kxorb será cuestión de pocos minutos. Llegar hasta su escondite, naturalmente, costará más.

—Me lo imagino. ¿Cuál es su plan para cuando lo hayamos localizado?

—Sospecho que deben de estar escondidos en algún sitio, probablemente, bajo tierra. Usted y sus hombres tienen más experiencia que nosotros. A ustedes, por tanto, les competerá digamos abrir la puerta de su escondite.

—Nada más justo, aunque, según he leído en los periódicos, ustedes se escaparon de la cárcel por un procedimiento... muy original.

—Temo que ese método no sirva en este caso, barón —contestó Ssato.

—Muy bien, entonces, nosotros nos encargaremos de abrir esa puerta. ¿Y después?

Ssato emitió una pérfida sonrisa.

—Repartiremos el botín como buenos hermanos —contestó—. Y, dígame, barón, ¿para qué quieren ustedes con tanto interés el invento del profesor Weepf?

La sonrisa de von Klugenberg no era menos pérfida.

—Podría resultar un arma de guerra de magníficos resultados —contestó.

—Sí, ya me imagino —admitió Ssato.

—Y ahora, dígame, mi querido señor de Ssüs, ¿es aventurado suponer que ustedes son también forasteros en este país?

—Otras personas nos calificarían de un modo más exacto, barón.

Von Klugenberg se sujetó el monóculo con gesto inquisitivo.

—¿Cómo, *herr von Ssüs*? —preguntó.

—Extraterrestres, barón —respondió Ssato, sonriendo plácidamente.

El monóculo de von Klugenberg se desprendió de pronto de su ojo izquierdo, a la vez que la mandíbula inferior se le aflojaba por completo.

—¡Ma… marcianos! —balbuceó.

—Un poco más lejos, barón, un poco más lejos —dijo Ssato despectivamente—. Además, Marte está deshabitado.

—¿Lo… lo saben ustedes?

—Sí, conocemos de este Sistema Solar lo suficiente para saber que la Tierra es el único planeta habitado

CAPÍTULO XIII

Tiff desenrolló el cable y, tras conectarlo a uno de los aparatos del profesor, se dirigió con el otro extremo al interior de su nave, en donde estuvo cosa de cinco minutos. Luego volvió a salir y anunció:

—Profesor, ya tiene usted energía suficiente. Puede disponer de hasta diez millones de kilomegavatios.

—¡Caramba! —exclamó Weepf—. Con esa cantidad de energía podría alumbrar gratis Santa Clara durante tres o cuatro años.

—¿Y toda sale de su nave? —preguntó Doris.

—Toda —confirmó él.

—Debe de tener una planta energética fabulosa, Tiff.

—La tiene, desde luego.

—Su forma, la de la nave, desde luego, no me parece corresponda a la de un aparato destinado a viajar por el espacio —alegó la muchacha.

Tiff sonrió.

—M nave es trifibia: puede moverse por el espacio, por la atmósfera y bajo las aguas. Por tanto, la forma que tiene es indispensable para los desplazamientos en medios densos.

—Comprendo —Doris le miró intensamente—. Tiff, ¿qué me dice usted de sus fantásticas facultades mentales? Me infundió una fuerza extraordinaria cuando fui a buscar la medicina, ha hecho ver visiones a otros...

—No suelo emplearlas sino en casos extraordinarios —contestó él—. Prefiero utilizar mi

inteligencia natural, pero cuando fue a buscar la medicina, preví que podría encontrarse en dificultades.

—Fue un acierto, desde luego. Sin embargo, no nos ha dicho todavía por qué está aquí.

—Nosotros también necesitamos el invento del profesor Weepf. Kxorbyland es un planeta muy seco. Necesitamos humedad, lluvias... y el descubrimiento del profesor podría ayudamos a conseguirlo.

—Es curioso —sonrió ella—. Pero, ¿cómo se enteraron?

—Bueno, yo había venido en un viaje de prácticas de fin de curso. Tengo que permanecer cinco años en la! Tierra, viviendo como un terrestre más y adquiriendo experiencia, antes de conseguir el diploma de doctor. Entonces, me encontré casi sin comerlo ni beberlo en mitad de todo este jaleo...

—Y decidió tomar parte en él.

—Así es, Doris.

—Tiff, doctor, ¿en qué?

—Relaciones Interplanetarias. Lo necesito si un día quiero llegar a embajador de Kxorbyland.

—¿Embajador en la Tierra?

Tiff se echó a reír.

—Todavía no, Doris —repuso—. Siento decepcionarla, pero la Tierra no ha alcanzado aún, para nosotros, el grado de madurez que se necesita para el establecimiento de relaciones diplomáticas interplanetarias regulares. El espíritu belicoso de los terrestres es demasiado, fuerte aún.

—Ustedes no pueden tirar la primera piedra —exclamó Doris, irritada—. No han parado de

perseguimos, de tendernos trampas...

—Doris, usted cree que si yo fuera como ustedes, y no lo digo por alabarme, ¿no habría acabado de una vez y de un modo absoluto y radical con esas persecuciones? Todo el tiempo les he asestado ligeros golpes, con el fin de desanimarlos, pero no me ha servido de nada. Yo podía haberlos matado desde el principio; sin embargo, eso es algo que repugna a mi educación... a la educación de la inmensa mayoría de los kxorbylanos. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, Tiff, pero si Ssato y los otros son kxorbylanos, no parece que tengan sobre la moral los mismos puntos de vista que usted.

—Bueno, siempre hay excepciones y, en cierto modo, Ssato y los suyos son unos proscritos. Han sido segregados de nuestro cuerpo social cuando se supo, sin lugar a dudas, que no podían integrarse en él; y ahora tratan de tomar venganza de una decisión que estiman injusta.

—¿Llevándose el invento del profesor?

—Sí, Doris.

—¿Qué harían con él, Tiff?

—Impedir que nosotros lo utilizáramos. Bajo la superficie de Kxorbyland hay extensos océanos, pero en el exterior reina una gran sequedad. Se extrae agua, por supuesto; sin embargo, la evaporación es muy rápida y el líquido no se puede usar apenas más que para beber.

—Comprendo —dijo la chica pensativamente—. Y ustedes crearían así grandes bancos de nubes...

—Que modificarían la temperatura y el clima,

haciéndolos más moderados, aumentarían la humedad del suelo y permitirían la existencia de una abundante vegetación. Por supuesto, no sería cosa de un día o dos, sino que exigiría años de duro trabajo, pero todos estamos dispuestos a ello por mejorar nuestras condiciones de vida. Tendríamos animales domésticos... La vida cambiaría radicalmente en media docena de años, créame.

—Desde luego, Tiff, aunque hay algo que me extraña. Si el agua que sacan del subsuelo de Kxorbyland se evapora, quedará en la atmósfera, ¿no es así?

—Cierto, pero no olvide que las elevadas temperaturas impiden la condensación del vapor de agua que, a, fin de cuentas, es lo que produce las nubes. Y no olvide que si aquí en la Tierra, la superficie de los océanos ocupa casi las cuatro quintas partes, allí sucede todo lo contrario y aún más.

—Es decir, que viven prácticamente en un desierto.

—Sí, Doris.

De repente, sonó una maldición.

Tiff y Doris se volvieron hacia el profesor, que trabajaba afanosamente en un extraño artefacto, situado junto a uno de los muros de la caverna.

—¿Sucede algo, profesor? —preguntó el joven.

—Necesito hilo de cobre de dos milímetros de espesor —contestó Weepf—. Por lo menos, una veintena de metros y se me han acabado las existencias.

Tiff sonrió.

—No se preocupe, profesor—dijo—. Yo iré a

buscarle el hilo de cobre. Hay una ciudad a unos cuarenta kilómetros de aquí y mañana tendrá usted todo el cobre que necesite.

—Irá a pie, Tiff —dijo Doris—, porque no creo que vaya a emplear el camión de mudanzas.

—A la vuelta, alquilaré un automóvil —contestó él —. Saldré a la madrugada, para llegar a la tienda hacia mediodía. Y luego, en una hora, estaré de regreso.

* * *

El aparato parecía la caja de una registradora de pequeño tamaño, con una pantalla circular vertical adosada a la parte posterior. Von Klugenberg y sus acólitos contemplaban expectantes las operaciones que realizaba Ssato con el artefacto.

La mano derecha de Ssato movía una ruedecilla con gran lentitud. En la pantalla aparecían de cuando en cuando algunas débiles señales amarillas, que se disipaban con gran rapidez.

De pronto, las señales se hicieron más rápidas y sostenidas, hasta que en el centro de la pantalla quedó un punto amarillo perfectamente definido. La voz de Ttur llegó desde el jardín de la residencia de von Klugenberg.

—¡Jefe, la antena señala rumbo Este tres grados al Norte! —informó.

Ssato consultó una escala graduada que había al pie de la pantalla, en la que se veían unos signos extraños, a través de una ranura iluminada.

—La distancia es de mil trescientos veintisiete kilómetros —dijo.

Von Klugenberg se pasmó.

—Es increíble —dijo—. ¿Cómo puede conocer la distancia con tanta exactitud?

Ssato emitió una sonrisa de superioridad:

—Es un detector sumamente preciso —contestó—. Barón, ve usted esa circunferencia que hay dentro de la pantalla, a un centímetro del borde?

—Sí, desde luego.

—Ese punto luminoso significa la nave de Tiff. A medida que nos acerquemos, se irá haciendo más grande. Cuando el punto toque justamente el borde de la circunferencia y forme con ella un círculo, su color amarillo se tornará rojo. Entonces, estaremos a una distancia inferior a los cincuenta metros del escondite elegido por Tiff.

—Todo eso está muy bien —aprobó el barón—. Pero si el escondite está elegido de un modo adecuado, no podremos encontrarlo…

—Si Tiff ha obrado del modo que yo me imagino, su escondite estará bajo tierra y entonces es donde usted y sus hombres empezarán a actuar para pasar al interior.

—*¡Ach, ja!* —sonrió Von Klugenberg—. Ahora comprendo.

—Lo celebro infinito, barón.

—Sólo falta una cosa —dijo von Klugenberg—. ¿Cuándo partimos?

—Inmediatamente —respondió Ssato.

Se asomó a la ventana y dio orden a Ttur de recoger la antena. Momentos más tarde, Ttur entraba en la casa con un brazado de cables y varillas, que

guardó en una caja preparada especialmente.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ssato y el barón se contemplaron mutuamente. La llamada se repitió.

—Voy a ver —masculló von Klugenberg.

Cruzó la sala y abrió. Dos hombres de paisano y uno con uniforme aparecieron inmediatamente ante sus ojos.

—¿Señor Klugenberg? —preguntó uno de los paisanos.

El interpelado se ajustó el monóculo.

—*Baron* von Klugenberg —puntualizó orgullosamente.

—Es lo mismo —dijo el individuo—. Lo siento, pero tenemos orden de detenerle, junto con todas las personas que puedan hallarse en la casa en estos momentos.

Hubo un momento de silencio. Por encima de los hombros de los policías, von Klugenberg divisó un furgón policial y varios agentes de uniforme.

—Ssato —llamó, olvidando darle el tratamiento habitual.

—¿Qué sucede, barón?

—Mire por la ventana. Temo que vamos a encontrarnos con dificultades.

Ssato siguió el consejo y lanzó una maldición. De súbito, metió la mano bajo su blusa y sacó una pistola atómica, con la que hizo un disparo contra el furgón policial.

El vehículo se convirtió en el acto en una rugiente masa de llamas. Los policías, espantados, se

dispersaron.

Los agentes que estaban ante la puerta intentaron sacar sus armas. Ttur y Grobo fueron más rápidos con sus pistolas atómicas, que los convirtieron en el acto en sendas estatuas incandescentes.

El policía de uniforme huyó, aterrado. Los otros, en la calle, disparaban sus armas sin orden ni concierto.

Varias descargas atómicas más produjeron la huida de todos los policías, evidentemente no habituados a aquellas armas. El suelo hervía literalmente en el lugar donde se habían producido las explosiones.

Von Klugenberg y sus hombres se sentían atónitos ante el fabuloso poder de aquellas armas. Un grito de Ssato les arrancó a la morbosa estupefacción en que habían caído.

—¡Vámonos ya, barón!

Von Klugenberg sudaba copiosamente. Sus planes, pensó, empezaban a torcerse.

—Nos alcanzarán —gimió.

—Con mi vehículo, nunca —contestó Ssato—. Vengan todos, síganme —ordenó perentoriamente.

Siete hombres echaron a correr tras él. La calle era un hervidero de gente que contemplaba a prudente distancia los resultados de aquellas extrañas explosiones.

Ssato y los demás salieron por la parte posterior del jardín, cargados con los aparatos de detección. A cien metros de distancia, había unos cobertizos que parecían destinados a almacenes.

El grupo alcanzó el mayor de los cobertizos. Ssato dio una orden y sus secuaces abrieron el gran portón

de la entrada, dejando al descubierto un extraño aparato, cuya sola visión hizo parpadear de incredulidad al barón y sus esbirros.

—Eso… eso… ¿es la nave… del espacio que ustedes usaron para venir a la Tierra? —preguntó.

—No —respondió Ssato—. Sólo se trata de lo que ustedes llamarían un bote auxiliar. La nave está… bueno, eso no importa ahora. ¡Vamos, arriba todos!

Los hombres se apelotonaron ante la escotilla de acceso. De súbito, estalló un disparo y Dieter cayó al suelo lanzando un aullido.

Bgreg se volvió y lanzó una descarga atómica. El guardia se convirtió instantáneamente en una masa incandescente.

Hans se inclinó sobre el caído.

—Está muerto —anunció.

—Mala suerte —dijo el barón fríamente—. Vámonos de aquí cuanto antes.

Un grupo de policías apareció cuando el aparato se deslizaba silenciosamente hacia el exterior del edificio. Pistolas y ametralladoras vomitaron ríos de balas contra la nave, pero los proyectiles rebotaron inofensivamente, sin perforar su durísima coraza exterior.

Repentinamente, el aparato tomó velocidad y se elevó como una exhalación. Diez segundos más tarde, había desaparecido de la vista de los atónitos policías.

CAPÍTULO XIV

Tiff había hecho ya todas las compras, incluidos algunos víveres que le había encargado Dolores. Cargó todo en el automóvil que había alquilado y partió sin más demora en dirección a las montañas.

A poco de arrancar, puso la radio para entretenerse con la música. Unos minutos después, se oyó una voz de tonos graves:

—Interrumpimos nuestra emisión para dar un boletín de noticias urgentes. En Santa Clara, California, un grupo de forajidos ha sostenido un encuentro con la policía, del que han resultado muertos siete agentes y también uno de los bandidos, identificado como Dieter Marschartz. Los forajidos emplearon unas armas desconocidas hasta ahora, de efectos indescriptibles. Testigos presenciales aseguran que los agentes que recibían una descarga de una de esas armas, se convertían en estatuas de fuego…

Tiff apretó los labios.

—Si hubiese eliminado a Ssato desde un principio —masculló, hirviendo de cólera.

Varias personas inocentes habían muerto y se consideraba culpable del suceso.

El locutor continuó:

—Los forajidos huyeron cuando llegaban los refuerzos policiales, cuyos disparos se estrellaron inútilmente contra el casco del aparato que usaron para escapar. Bill Ballonby, corresponsal gráfico de una conocida agencia de Prensa, consiguió tomar fotografías del aparato, que, al decir de los expertos,

no se parece a ninguno de los conocidos hasta ahora…

«Algunas personas imaginativas aseguran que son seres extraterrestres. En Santa Clara se ha producido una psicosis de pánico y los comercios y demás establecimientos cierran, a la vez que los ciudadanos se arman para rechazar una presunta invasión que ha de llegar del espacio…

—No podían haber actuado de peor forma —dijo Tiff, enojado, mientras cerraba la radio.

Apretó el acelerador, aun a riesgo de salirse del tortuoso camino. Tenía que llegar al escondite y disponer todo para la defensa, pues de una cosa estaba absolutamente seguro: Ssato sabría localizarles.

Disponía de aparatos que les permitirían encontrar su escondite. Los detectores terrestres no lo conseguirían jamás, pero sí el detector de Ssato, que seguramente habría captado las señales que su astrofaro emitía continuamente.

Una hora después de su partida, entraba en la cueva.

Doris se acercó a él, con la sonrisa en los labios. Pero inmediatamente vio la expresión de gravedad que había en su cara y dejó de sonreír.

—¿Sucede algo, Tiff? —preguntó.

—Ssato y el barón han tenido un grave encuentro con la policía y consiguieron escapar. Sospecho que se dirigen hacia aquí.

Doris palideció.

—No desisten…

—No —contestó él sombríamente—. Y lo que más me preocupa de todo es que los dos bandos, al parecer,

se han aliado.

—De todas formas, tardarán todavía bastante en llegar aquí —alegó Doris—. Suponiendo, claro está, que encuentren el escondite.

—Lo encontrarán. Ssato posee aparatos suficientemente desarrollados para ello.

Doris lanzó una mirada hacia la pared de roca que les aislaba del exterior.

—¿Qué grosor tiene la puerta? —preguntó.

—Tres o cuatro metros, pero... Perdona un momento, Doris; luego continuaremos hablando.

—Sí, Tiff, como digas.

El joven sacó del coche un grueso rollo de hilo de cobre y se lo entregó al profesor. Luego se dirigió hacia su nave.

Sólo en aquel momento se dio cuenta Doris de que habían abandonado todo tratamiento y ya se tuteaban.

Contempló la alta figura de Tiff, mientras caminaba hacia la astronave. De repente, se sintió muy infeliz al pensar que un día, muy pronto acaso, Tiff abandonaría el planeta para regresar a su mundo de origen.

¿No habría algún modo de evitarlo?, se preguntó. Desesperadamente, deseó que Tiff encontrase en la Tierra los suficientes atractivos para no abandonarla jamás.

De pronto, sintió la necesidad de conocer la decisión del joven sobre este punto. Caminó con paso ligero hacia la nave, alcanzó la escalera de acceso y penetró en su interior.

Oyó voces extrañas. ¿Había algún kxorbylano

escondido dentro de la nave durante todo aquel tiempo?

Avanzó sin hacer ruido y llegó a la cabina de mando, que sólo había visitado una vez. El conjunto de aparatos e instrumentos, todos de una forma desconocida, de un diseño audazmente vanguardista, la impresionaba profundamente.

Vio a Tiff. El joven estaba parado ante lo que parecía un espejo de cuerpo entero, pero el vidrio no era azogado ni devolvía las imágenes. Se trataba de una superficie vítrea, de color verde muy claro, mate, en la que, en distintos puntos, aparecían y desaparecían minúsculos paralelogramos de todos los colores, con un ritmo enloquecedor.

De cuando en cuando, los destellos cesaban y quedaba solamente uno de color verde, algo más pronunciado que el de la pantalla. Entonces, Tiff hablaba algo en su idioma.

Cuando acababa su parlamento, los destellos multicolores reaparecían de nuevo. Doris comprendió que era un sistema de comunicación. Tiff hablaba con alguien y recibía las respuestas gráficamente, en un sistema de escritura incomprensible para ella.

Una vez quiso decirle algo, pero Tiff permanecía rígido, con los brazos a lo largo del costado, como sumido en un trance hipnótico. Al percatarse de ello, Doris comprendió intuitivamente que no debía interrumpirle.

Pasados algunos minutos, la pantalla emitió tres chispazos muy rápidos, de vivo color rojo. Luego, el ligero resplandor que brotaba del vidrio se extinguió y

Tiff se agitó un poco.

Doris fue a retirarse, pero él la llamó, sin volverse.

—Perdóname —se disculpó la joven—, pero la curiosidad...

—No tienes que excusarte —sonrió él—. Quieres saber lo que hacía, ¿no?

—Por favor, Tiff

—No te preocupes, de un modo u otro, acabarías por saberlo.

Tiff se volvió. Sacó un pañuelo y enjugó el abundante sudor que cubría sus facciones.

—Resulta un poco fatigoso mentalmente entablar comunicación con una estación situada a ciento veinte años luz —dijo, forzando una sonrisa—. Pero tenía que hacerlo.

Doris le contemplaba con ojos incrédulos.

—¿Te... comunicabas con Kxorbyland? —preguntó.

—Sí. He informado de las actividades de Ssato y he recibido una orden referente a él.

Doris guardó silencio. Tiff añadió:

—Debo capturarle prisionero y llevármelo a Kxorbyland, con sus cómplices, a fin de reacondicionar su mente.

—Quizá él no se deje —sugirió la muchacha.

Tiff lanzó un profundo suspiro.

—Eso es lo que me temo —contestó lleno de pesimismo.

* * *

—Yo creo que mi aparato funcionaría mucho mejor en un ambiente menos húmedo que el de la Tierra —dijo el profesor.

Tiff señaló con el índice uno de los cuadernos de apuntes que Weepf consultaba con frecuencia.

—A mí me parece que uno de los errores de funcionamiento, por falta de expansión, precisamente, consiste en el exceso de tensión molecular de la cápsula atmosférica que impide el movimiento de aire en su interior —dijo.

—El principio es bueno —alegó Weepf.

—No se lo discuto en modo alguno, profesor. Es un descubrimiento genial; a nosotros, ni siquiera se nos había ocurrido encapsular una parte de nuestra atmósfera, provocando un aumento de la tensión molecular en un determinado espacio. Pero, repito, el potencial de tensión molecular es excesivo.

—¿Qué haría usted, si estuviera en mi caso, Tiff?

—Muy sencillo, profesor. El emisor de ondas que provocan el estado de tensión molecular debe ser modificado, de modo que los haces de ondas no sean emitidos de una manera ininterrumpida, es decir, sin solución de continuidad. ¿Conoce usted lo que es una vulgar piscina de natación?

—Sí, desde luego.

Tiff sonrió.

—El agua, normalmente, está tranquila, cuando no hay bañistas en el interior de la piscina. Se desinfecta con productos químicos, naturalmente, pero es mejor aún renovarla y por dicha razón hay siempre un minúsculo aflujo de agua por un lado y un desagüe de igual volumen por otro. Ciertamente, el agua tarda mucho en renovarse totalmente, pero no se queda estancada jamás.

Weepf hizo un gesto de asentimiento.

—Comprendo —dijo—. Usted me está sugiriendo que en esa especie de cápsula debo dejar dos orificios para la renovación de la atmósfera.

—Exactamente, profesor. Oh, no es que se necesite que sean muy grandes, y el de escape, que estará situado en lo alto, debe ser algo más pequeño que el de entrada, situado en las proximidades de la base. Usted ya sabe que la circulación del aire se basa en las diferencias de temperatura de las capas atmosféricas.

—Sí, es cierto. La renovación sería así muy lenta, pero favorecería aún más la producción de vapor de agua condensado.

—Vulgarmente conocido por nubes —sonrió Tiff.

Weepf hizo un gesto con la mano.

—Es una excelente idea —dijo—. Recuerdo que cuando hice las primeras pruebas en torno a mi casa, sentíamos una extraña y poco agradable sensación de agobio, no muy fuerte, pero sí molesta.

—El aire se movía, ciertamente, pero sólo dentro de la cápsula formada por la tensión molecular en el radio deseado. Las molestias habrían desaparecido con dos simples orificios de un centímetro y centímetro y medio, respectivamente.

—Es cierto y yo no había pensado en ello —manifestó Weepf—. Haré nuevos cálculos y…

—¿Le dejarán terminarlos? —preguntó Doris poco después, en un aparte con el joven.

Ella había asistido al diálogo y se abstuvo de intervenir, a fin de no crear problemas a su jefe. Tiff hizo un gesto pesimista.

—Veremos —contestó evasivamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Tiff? —consultó Doris.

—Desde luego.

—Una vez que termines aquí, ¿volverás a Kxorbyland?

Tiff movió la cabeza afirmativamente.

—Tengo que hacerlo —contestó.

—Te necesitan allí.

—Sí. Durante milenios, la gente vivió como pudo en Kxorbyland —explicó él—. Ahora sentimos nuevas necesidades y no querríamos emigrar. Podríamos crear un nuevo clima en el planeta y esto alteraría sustancial y beneficiosamente la situación.

—Comprendo —suspiró ella—. Y ya no nos veremos más, Tiff.

El joven sonrió maliciosamente.

—Eso no depende tan sólo de mí —contestó.

CAPÍTULO XV

El aparato volador aterrizó justo frente al gran muro de roca que cerraba el desfiladero. Ssato se apeó de un salto y el barón le siguió sin vacilar.

—Ahí están —dijo Ssato.

—¿Ahí? —se extrañó von Klugenberg.

—Como lo oye, barón.

—Pero ese muro de roca...

—Mi bote auxiliar carece de la energía suficiente para derribarlo —declaró Ssato—. Y por otra parte, si empleara las armas que tengo en la astronave, correría el riesgo de estropearlo todo. Prefiero recurrir a medios terrestres.

—Eso es cuenta nuestra —sonrió von Klugenberg con suficiencia—. Hans, Peter, manos a la obra.

Los dos esbirros salieron cargados con sendas bolsas y se encaminaron a la base del muro. Peter sacó una perforadora ultrarrápida y, tras ajustar la broca, adecuada, pulsó el botón de contacto.

La broca mordió fácilmente la pared, a varios miles de revoluciones por minuto. A su lado, Hans, con un proyector de aire, lanzaba un potente chorro de aire para refrigeración.

Peter practicó agujero tras agujero, formando una especie de cuadrado en la roca, de un metro de lado, con seis agujeros por lado, de treinta centímetros de profundidad. En total, había treinta y seis perforaciones.

Los dos hombres practicaron otros tres grupos de agujeros de análogas características. Cada perforación

tenía un grueso de un centímetro, en todos los cuales rematados individualmente por una espoleta radioeléctrica.

—Salgamos —dijo el barón, cuando la tarea quedó rematada, una hora más tarde.

Ssato sacó su nave fuera del desfiladero. El barón llevaba en las manos el aparato que enviaría la señal de radio para hacer funcionar simultáneamente las ciento cuarenta y cuatro espoletas.

—Pónganse todos a cubierto —ordenó.

Los siete hombres se situaron a ambos lados de la entrada del desfiladero. El barón dio el contacto, observó que había corriente en el transmisor de radio y luego apretó el botón que emitía la señal de radio.

No ocurrió nada.

—¡Diablos! ¿Qué ha pasado aquí?

Ssato soltó una risita irónica.

—Terrestres atrasados —dijo despectivamente.

Von Klugenberg se encolerizó.

—Algo sucede y, no por culpa mía —exclamó—. El aparato ha funcionado siempre.

—Menos ahora, barón.

—¿Quiere callarse, maldita sea? No me ponga nervioso con sus indirectas. Déjeme que revise de nuevo el emisor.

Dentro de la cueva, Doris preguntó:

—¿No podríamos ver lo que hacen, Tiff?

—¿Para qué? —contestó el interpelado sonriendo—. Hemos adivinado sus intenciones y sus aparatos están interferidos. Dejémosles que se aburran; entonces se marcharán por sí solos.

—¡Hum! Yo no me fío de esos tipos. Son muy tercos, Tiff.

—No te preocupes —dijo él—. No sucederá nada.

El barón apretó de nuevo la tecla de emisión. Los explosivos continuaron intactos.

Tenía la cara roja de furia.

—Han adivinado que estamos aquí —gritó.

—Es lógico —convino Ssato—. ¿Creía usted que luchábamos con un tonto?

—Es indudable que han interferido las ondas de mi emisor —dijo el barón—. Pero yo no veo nada que pueda producir esas interferencias.

—Espere un momento, barón —dijo Ssato—. Voy a elevarme con mi aparato para ver si encuentro el interferidor. Caso de que lo consiga, lo destruiré. Entonces le haré una señal para que detone los explosivos. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Mientras tanto —aconsejó Ssato—, sería conveniente que revisaran las espoletas radioeléctricas, una o dos por cada grupo de explosivos. Sería suficiente, ¿comprende?

—Perfectamente, Ssato.

Ssato y sus tres acólitos treparon a la nave, que se elevó de inmediato. Ttur se encargaba de los mandos, en tanto que Ssato manipulaba en unos aparatos situados junto a la derecha del piloto.

—Grobo, vigila a los de abajo —dijo—. Avísame cuando los veas revisar las espoletas.

—Bien, jefe.

La nave ascendió lentamente una cincuentena de

metros. De pronto, Ssato lanzó una exclamación.

—¡Lo que yo me figuraba! —dijo.

—¿Qué es, jefe?

—El astrofaro. A través de él, Tiff emite las ondas interferidoras que impiden el funcionamiento del emisor del barón.

—Están revisando los explosivos —informó Grobo.

Una sonrisa maligna, se dibujó en los labios de Ssato.

—Muy bien, no les digas nada —ordenó.

Presionó un botón. Un diminuto proyectil partió aullando del vientre de la nave y rompió con gran estruendo en una de las laderas superiores del desfiladero.

—El astrofaro ha sino destruido —dijo, satisfecho.

Sus dedos se movieron con rapidez sobre el cuadro de mandos. Grobo exclamó:

—El barón y sus acompañantes están mirando hacia arriba.

—Déjalos que miren todo lo que quieran —contestó Ssato—. Va a ser lo último que vean en su vida.

Y apretó un botón del cuadro de controles.

Una aterradora explosión se produjo en la base del murallón. Von Klugenberg y sus acólitos sólo pudieron ver un deslumbrante fogonazo. Ni siquiera oyeron el menor ruido, convertidos instantáneamente en minúsculos pedacitos por la deflagración de ciento cuarenta y cuatro cartuchos de potente explosivo.

Una espesísima nube dé humo y polvo invadió el desfiladero. En la seguridad de las alturas, Ssato y sus

cómplices aguardaron unos minutos, hasta que la atmósfera se hubo aclarado.

Un grito de júbilo se escapó de cuatro gargantas al mismo tiempo;

—¡La pared ha saltado!

Desde arriba era fácil ver el negro hueco abierto en el muro. Ssato ordenó el descenso de la nave, a la vez que hacía un póstumo elogios del barón:

—Ha muerto un patriota. Descanse en paz.

Pero su voz estaba llena de sarcasmo.

* * *

Las luces de la cueva oscilaron de pronto.

Tiff lanzó un grito de alarma.

—¡Han destruido el astrofaro!

—¿Tiene eso mucha importancia? —preguntó Weepf.

El joven agarró la mano de Doris y tiró de ella.

—Vamos a la nave —ordenó—. Es el único sitio donde estaremos seguros.

En unos instantes alcanzaron la astronave. Tiff cerró la escotilla y, en el mismo momento, se produjo el estallido.

Las luces de la caverna vacilaron y se extinguieron finalmente. Doris, terriblemente asustada, se abrazó con fuerza a Tiff.

—No temas —dijo él—. A nosotros no puede pasarnos nada. Ven conmigo.

Ella le siguió hasta la cámara de mando, lo mismo que el profesor. La señora Dickinson se asomó, asustada, preguntando qué había sucedido.

—No se preocupe, Dolores —contestó Tiff—. Ha

sido un poco de ruido, solamente.

Tiff se sentó ante los mandos. Delante de él, se veía un hueco en el muro rocoso, a través del cual entraba la luz y el polvo del exterior.

Había muchos escombros en el suelo. Tiff observó con satisfacción que los aparatos del profesor apenas habían sufrido daños.

Instantes después, vieron que una navecilla se posaba en el suelo del desfiladero, junto a la entrada. Tiff presionó un botón y dijo:

—¡Quieto ahí, Ssato! No me obligues a tomar decisiones inapelables.

La voz de Ssato entró en la cabina.

—Voy a llevarme al profesor y a sus aparatos —anunció—. Si tratas de impedírmelo, tanto peor para ti.

—Ssato, te lo digo por última vez. Hasta ahora, he tratado de meter en tu cabeza la idea de que debías abandonar esta partida, sin conseguirlo. Tengo órdenes supremas de llevaros a todos a Kxorb, a fin de someteros a reacondicionamiento mental… o de proceder de forma definitiva. Elige el camino que quieras; la penúltima palabra será tuya.

—Dirás mejor la última —rio Ssato.

—Estás muy equivocado. Ningún kxorbylano decente toleraría que unos cuantos desaprensivos instauraran una tiranía en el planeta, que es lo que pretendéis hacer vosotros, dando agua y humedad solamente a quienes os obedezcan. Eso es algo que pertenece a todos los kxorbylanos y no a unos pocos privilegiados. Y, repito, yo he dicho la última palabra.

Presionó un botón.

Un chorro de luz no muy intensa, pero sí de dos metros de grosor, brotó de la proa de la nave, alcanzando de lleno al aparato de Ssato.

Dentro de la cabina se oyeron gritos de pánico. Con ojos desorbitados por el asombro, Doris, Weepf y Dolores vieron aquel viento luminoso alzar el aparato de Ssato como una hoja seca y proyectarlo hacia atrás con fuerza irresistible.

La navecilla rebotó estruendosamente contra las paredes del desfiladero, volteando varias veces antes de atravesar la salida. Cruzó el camino y se hundió en el precipicio que había al otro lado.

Segundos después, se vio ascender un gigantesco chorro de llamas. Hubo un enorme estampido y luego volvió el silencio.

Doris fijó los ojos en el joven. Tiff estaba terriblemente pálido y respiraba afanosamente.

—No tuve otro remedio —dijo—. Pero era la libertad para millones de kxorbylanos.

Weepf le puso una mano en el hombro.

—Usted no tiene nada que reprocharse, muchacho -dijo.

—No se preocupe, don Tiff; ellos lo quisieron —exclamó Dolores.

De repente, una lámpara empezó a titilar en el cuadro de mandos.

—Hay aviones de reconocimiento volando en las inmediaciones —dijo Tiff.

—Bueno, nosotros no hemos hecho nada malo...

—Pero a mí no me gustaría quedarme aquí como

prisionero. Sería objeto de la curiosidad pública y...

—Si te vas, llévame contigo —dijo Doris, en un repentino arranque.

Tiff sonrió.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—No podría soportar la idea de verme separada de ti —contestó ella apasionadamente—. Y, además, te ayudaré en Kxorbyland.

Weepf se acarició la mandíbula.

—A fin de cuentas, mi invento será más útil en su mundo que en la Tierra —dijo—. Y también me gustaría conocer otro planeta, ¡qué diablos!

—Sólo falta Dolores por consultar —sonrió el joven.

La aludida se encogió de hombros.

—¿Qué haría el profesor sin mis guisos, don Tiff? —contestó.

Tiff y Doris se echaron a reír. Ella tomó su mano y le miró a los ojos.

—Algún día volveremos a la Tierra, ¿no es cierto, querido?

—Por supuesto —respondió él—. Pero en Kxorbyland hay mucho trabajo que hacer.

—Te ayudaremos, Tiff —prometió la joven.

Los ojos de Doris se volvieron hacia la entrada de la caverna.

Era la puerta de entrada a un mundo nuevo para ellos.

Incluso para Tiff. Con Doris a su lado, Kxorbyland sería también un nuevo mundo para él.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.